DON LORENZO EN SAN LORENZO

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

J. LEIRADO Y F. J. CORTEZO



MADRID
IMPRENTA DE ENRIQUE TEODORO
Glorieta de Santa María de la Cabeza, núm 1.
1911

7

DON LORENZO EN SAN LORENZO

DON LORENZO EN SAN LORENZO

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

J. LEIRADO Y F. J. CORTEZO



MADRID
IMPRENTA DE ENRIQUE TEODORO
Glorieta de Santa María de la Cabeza, núm. 1.
1911

PERSONAJES

FELICIANA (señora de Arnete, 40 años, guapa).
VIUDA DE G. DE PEGOTE (50 años).
CANDIDITA ARNETE (22 años).
PIEDAD G. DE PEGOTE (22 años).
ÁFRICA REVUELTO (24 años).
ÉSTER REVUELTO (22 años).
LEÓN REVUELTO (8 años).
LORENZO ARNETE (50 años).
PÍO REVUELTO (50 años).
LISARDO G. DE PEGOTE (23 años).
ANTONIO MORENO (muy rubio, 23 años).
ANTONIO RUBIO (muy moreno, 23 años).
ALFONSO GARCÍA (40 años).
UN ADMINISTRADOR.
CRIADOS.

En Madrid y El Escorial.—Época actual.—Derecha é izquierda las del actor.



ACTO PRIMERO

Sala cursi y pretenciosa. Puerta al foro y lateral derecha; balcón en la primera izquierda; piano, sofá, sillas y butacas con veletes de crochet.

Es de noche. La escena está bien iluminada.

ESCENA PRIMERA

DON LORENZO solo. Viste pantalón y chaleco negros y un batín claro.

LORENZO. (Mirando el reloj.) ¡Uf! ¡Las diez menos cuarto! (Pasa las manos por el piano.) ¡Esto tiene polvo! (Quita un velete de una butaca y lo limpia.) ¡Estos criados! (Se estira el chaleco, se arregla la corbata, se mira las botas y pasa el velete por ellas.) ¡Caramba! ¡Si no me fijo! (Mete debajo del sofá unas enaguas que hay sobre él) ¡Veamos, Lorenzo! ¿Falta algo? ¿Habrá traído mi mujer los merengues? (Va á la puerta lat.) ¡Feliciana! (Escucha.) ¿Eh?... ¿Que estás desnuda? No importa. ¿Has traído los merengues?... ¿Sí? ¿Cuántos? ¡Mujer!... ¿Por qué no tres? ¡Ah! ¡Bueno! ¡Oye! (Se quita el batín.) ¡Ahí va eso! (Lo tira por el aire) ¡Echame la negra! (Ríe.) ¡Qué graciosa! ¡Venga! (Espera algo.) A la una... á las dos... (La americana negra sale por los aires y le da en plena cara. Lorenzo se echa atrás y cae sentado en el suelo. La familia G. de Pegote ha visto todo desde la puerta.)

ESCENA II

Don LORENZO y los G. de PEGOTE (Todos de pontifical.)

PIEDAD. ¡Já! ¡¡já! ¡¡já!

LORENZO. (Volviéndose sin levantarse.) ¡A los pies de ustedes!

VIUDA. ¡Ay, D. Lorenzo! ¡Siempre de buen humor!

LISARDO. ¡Este tío es un ganso, me pone nervioso! ¡Pobre Feliciana! (Todo esto aparte.)

LORENZO. ¡Mis queridos vecinos! (Levantándose.) Ustedes perdonen que les reciba en mangas de camisa.

VIUDA.
PIEDAD. } ¡Qué más da!

LORENZO. Es verdad; después de todo, entre vecinos... (Recoge la americana.) Ya se sabe lo que son estas cosas.

PIEDAD. ¡Es claro!

VIUDA. ¿Y Candidita?

LORENZO. ¡Pchs! No está muy bien... Se está componiendo.

LISARDO. ¿Y doña Feliciana?

LORENZO. Esa ya está compuesta... Pero caramba, ¿qué hacen ustedes de pie?

TODOS. Gracias. (Se sientan.)

LORENZO. Usted, Piedad, siempre tan guapa.

VIUDA. ¡Ay, D. Lorenzo! Qué amable.

LORENZO. Justicia, señora, justicia. Por supuesto, que de tal palo tal astilla.

VIUDA. ¡Ay, D. Lorenzo! Siempre tan famoso.

LORENZO. ¡Feliciana! ¡Candidita! ¡Daos prisa, que están aquí los de Pegote!

VIUDA. ¡Ay, D. Lorenzo! Cada vez que lo nombra usted envejezco. ¡Pobre! ¡Qué contento estaría con este par de hijos que Dios nos dió!

LORENZO. Vaya. No se entristezca usted. Es verdad, señora. ¡El pobre Pegote! Pero tiene usted que pensar que son ustedes tres para recordarle.

VIUDA. ¡Ay! ¡Yo no soy como esas viudas que se consuelan! ¡Yo no me consuelo!

LORENZO. Pues no es usted de las que peor quedan. ¡No se queje! ¡Con un hijo criado y una hija criada!

VIUDA. ¡Ay, D. Lorenzo! ¡Eso sí!

LORENZO. Pues nada de tristezas. La vida tiene para usted aún buenos días, y...

ESCENA III

DICHOS y FELICIANA. Luego CANDIDITA.

FELICIANA. (Entrando.) ¡Buenas noches! (Todos se ponen de pie.) ¡Queridos! ¡Qué gusto... verles por aquí! ¡Con lo que la quiero! (Besa á la Viuda.) ¡Con lo que te quiero! (Besa á Piedad.) Con lo que (Lisardo pone la cara.)... crece este chico. (Le da la mano.)

LORENZO. ¿Y la niña, sale?

FELICIANA. Qué hacer, hijo, qué hacer; sale, sale en seguida.

VIUDA. ¡Ay D. Lorenzo! ¡Ay Doña Feliciana!

FELICIANA. Sí, sí. Siéntese usted. Siéntense ustedes. (A esta señora se la ve que está que bufa con las visitas.)

CANDIDITA. (Entrando.) ¡Buenas noches! (Todos se levantan.)

VIUDA. ¡Ay Candidita! Ven, ven acá que te bese. (La besa.)

PIEDAD. ¡Riquísima! ¿Cómo estás? (La besa.)

CANDIDITA. (Va saludando.) No estoy bien...

FELICIANA. ¡Los nervios!

CANDIDITA. Sí, como no os duele... (Se echa la mano á la cabeza.) ¡La punzada! ¡Ay!

PIEDAD. ¡Eso es nervioso!

LORENZO. ¡Ahí le duele!

LISARDO. ¿Ahí? (Señalando la cabeza.)

CANDIDITA. ¡Ay!

VIUDA. ¡Ay D. Lorenzo!

LORENZO. ¡Hay que tener paciencia!

CANDIDITA. Yo tengo algo aquí dentro.

LORENZO. Ca, hija. También tu madre estuvo así, y luego... ¡Qué había de tener!

PIEDAD. Sí. Poco á poco, pasará todo.

LISARDO. ¡Es verdad!

VIUDA. Pero, siéntate, hija, siéntate, que estarás mejor.

PIEDAD. Y á no pensar en esas cosas.

LORENZO. Y á divertirse, ¿verdad?

LISARDO. Sí, á usted lo que la hace falta es divertirse.

FELICIANA. Sí, divertida, figúrese usted, gracias á su padre, las dos estamos divertidas.

LORENZO. Es verdad. Yo hago todo lo que puedo. Aparte de que á mí también me encanta dar fiestas, recibir gente y estar rodeado de buenos amigos. ¡Estoy en mi centro! Verán ustedes qué bien lo pasamos esta noche.

CANDIDITA. ¡Ay! (Suspira.)

LORENZO. ¡Vamos! A ver si ese es tu último suspiro.

VIUDA. (A Lisardo) Pareces bobo. Este chico con sus versos, no piensa en nada. Vamos, di algo á Candidita.

LISARDO. (Que ha estado mirando todo el tiempo á Feliciana.) ¡Ah! Sí, Candidita. Usted siempre tan bonita.

VIUDA. ¡Ay qué hijo! No sabe hablar sino en verso. ¡Qué alma tiene!

LORENZO. La verdad que es un gusto.

VIUDA. Sí, es que ustedes no saben... de cualquier cosa hace un verso.

FELICIANA. (Admirada.) ¡Qué atrocidad!

VIUDA. Le da una muchacha un abanico, y en seguidilla le pone algo. Ve un pájaro, toma la pluma y en un vuelo le hace un soneto.

LORENZO. ¿Y por qué no hace un libro y lo publica?

PIEDAD. Porque es así; dice que no haría carrera. Que no tiene facultades.

VIUDA. ¡Ay D. Lorenzo! ¡¡Que no tiene facultades!! ¿Ustedes creen que hay derecho?

LORENZO. Sí, señora; no ha de haber Derecho?

VIUDA. ¿Cómo?

LORENZO. ¡Ah, sí! Vamos, no la entendía á usted. No hay derecho.

VIUDA. Crea usted que es una lástima.

PIEDAD. Ya lo creo que lo es.
VIUDA. Calla tú, porque eres igual que él.
PIEDAD. ¡Mamá!
VIUDA. Esta tiene un mirlo blanco en la garganta.
LORENZO. Lo que es esta noche no se va usted sin que la oigamos.
PIEDAD. ¡Por Dios!
LORENZO. Nada, nada.
VIUDA. Pues claro. Yo no sé; estos chicos en casa tan sueltos, y fuera... ni la mitad.
FELICIANA. ¡Es que se cortan!
LORENZO. Pues hay que unirlos y que luzcan así sus habilidades. Hoy cantará usted. (A Piedad.) ¿Verdad?
PIEDAD. Si ustedes se empeñan...
LORENZO. Y Lisardo...
VIUDA. A Lisardo déjenle ustedes; les prepara una sorpresa.
FELICIANA. / LORENZO. ¡Ah! ¡Muy bien! ¡Muy bien!
LORENZO. (A Cándida.) Y tú hijita, ¿qué vas á hacer?
CANDIDITA. (Desabrida.) ¡Nada!
FELICIANA. (Con dulzura.) ¿Nada, Candidita?
CANDIDITA. ¡¡Hum!!...
LORENZO. ¡Qué le haremos!
LISARDO. (Aparte.) ¡Uf! ¡Qué niña!
VIUDA. Vaya, ¿pues no ha de hacer? Será la reina de la fiesta.

ESCENA IV

DICHOS y la familia REVUELTO.

PÍO. (Lumbrera del ateísmo y antorcha revolucionaria. Tiene voz de trueno.) ¡Será la Presidenta de la República!
TODOS. ¿Eh?
VIUDA. ¡Qué susto!
FELICIANA. ¡Quién iba á pensar que venía Revuelto!
VIUDA. ¡Calle; si es D. Pío Revuelto!
LORENZO. ¡Ah, Pío!
PÍO. Yo soy y no vengo solo. ¡Adelante, familia! (Entran todos. Saludos y besos.)

CANDIDITA. ¡Ay, si viene Leoncito! ¡Qué mono!

PÍO. ¿Mono? Un camaleón, que se me duerme hasta en la punta de una bayoneta.

VIUDA. ¡Qué gracioso!

PÍO. Quisiera yo ver á usted teniendo que estarle echando agua todo el día, como si fuera un geraneo.

(Forman grupos.)

LORENZO. ¿Y África, qué nos cuenta?

ÁFRICA. (Niña muy sueltecita.) Que está usted rejuvenecido, D. Lorenzo. Cuando me dé por los morenos se lo avisaré.

VIUDA. (A Feliciana.) ¡Qué ordinariez!

FELICIANA. Es que este D. Pío educa á sus hijos en libertad, aunque él dice que esa es la alta escuela.

LORENZO. ¿Es que las sillas están rotas? A sentarse todo el mundo.

ESTER. (A D. Lorenzo.) Pero en sillas ¿eh? Porque Lisardito se me ha sentado á mí en el estómago.

LORENZO. ¡Tunanta! (La pellizca.)

ÁFRICA. Que, ¿te está conquistando?

ESTER. ¡Qué va á conquistar!

LORENZO. (Cogiendo á África de un brazo.) ¡A usted sí que la conquisto!

ÁFRICA. ¡Estese usted quieto! ¿Eh?

LORENZO. Es plan de ataque. Primero la exploro y luego la conquisto.

ÁFRICA. ¡Ahí va! ¡Qué mala pata!

VIUDA. (Mediando.) ¿Qué cuentan ustedes?

LORENZO. Hasta doce: una, dos, tres....

VIUDA. ¡Ay qué D. Lorenzo! ¡Qué cosas tiene!

LORENZO. ¡Quiá! Es África la que tiene unas cosas...

ÁFRICA. ¿Yo?

ESTER. ¿No viene Moreno?

LORENZO. ¿Pero es usted ó es su hermana la que le gusta?

ESTER. Es... curiosidad.

LORENZO. Me ofreció venir con un amigo, que tiene interés en que nos le presente.

ÁFRICA. ¿Qué amigo?

ESTER. ¿Pero joven ó viejo?

LORENZO. ¡Ay niñas! No sean ustedes vehementes.
ÁFRICA. No, si á mí me tiene sin cuidado.
ESTER. ¡Y á mí!
LORENZO. Y á mí... me parece que son ustedes poco francas.
ÁFRICA.
ESTER. } ¿Nosotras?
LORENZO. Ustedes. Y si no ¿por qué se sofoca usted, Ester?
ESTER. Toma, porque hace aquí un calor espantoso.
LORENZO. ¡Ya está usted buena!
PÍO. Pero oiga, D. Lorenzo: observo ya hace rato á su hija de usted y parece algo caída. ¿Es que no se halla bien?
LORENZO. ¡Está malucha!
PÍO. Me permitiría aconsejarle, D. Lorenzo, que inquiera las causas de su decaimiento. Yo, con éstas, no paro. ¡Soy su confesor!
LORENZO. ¡Hombre, usted!
PÍO. Bien. Dije confesor, como pude decir abogado. Qué bien conoce usted mis ideas respecto al clero. ¡Hay que derribarlo! Y usted lo ha de ver; habrá entonces orden en todo cuanto hoy anda de coronilla.
LORENZO. Es claro, ¡si las siega usted!
PÍO. ¡Es una plaga... y yo quiero verla muerta, claudicante, exterminada! ¡Ah! ¡Si yo no tuviera estas hijas!
LORENZO. ¡Se quedaría usted solo!
PÍO. ¡Sí, señor! Porque entonces serían acciones lo que hoy son ideas.
LORENZO. (Riendo.) Ya lo creo. Eso sería muy bueno. Cambiar las ideas por acciones. Seguramente sería usted de los primeros accionistas.

ESCENA V

DICHOS, MORENO y RUBIO.

MORENO. ¡Buenas noches, señores! (Adelantándose.) Tengo el gusto de presentarles á mi amigo Rubio... (Todos se inclinan.) D. Lorenzo Arnete (Señalando.), dueño de la casa. Antonio Rubio. La señora de Arnete... (Rubio saluda y se inclina.) La señora viuda de Pegote. Su hijo. Su hija. El señor Revuelto... sus hijas...

RUBIO. Tanto gusto.

MORENO. Todos estos señores, excepciones de amabilidad, simpatía y buenas prendas. En cuanto á mi amigo, basta con decir que parece hermano mío. Hasta la naturaleza nos ha gastado la misma broma, equivocándonos el apellido. Por lo demás, bien lo han visto ustedes, es un joven de buenas inclinaciones.

TODOS. ¡Já já!

ÁFRICA. ¡Ay que Moreno!

MORENO. Haga usted el favor, África, de no echarle piropos, que se azora.

ESTER. ¡Uy que se azora! ¡Cómo tiene la lengua!

MORENO. La mía sucia. La castellana mejor que usted, Esterita, si no lo toma á mal.

ESTER. ¡Ah! ¿Sí?

MORENO. Porque la única que puede azahararse es la novia...

PÍO. Es claro, hija. Adulteraciones del vulgo son esas que me extraña verlas en ti.

ESTER. ¡Qué más dará!

PÍO. ¡Sí da! ¡Sí da! Que no es lo mismo almóndiga que albóndiga y va lleno que ballena.

ESTER. (Contrariada.) ¡Bueno!

MORENO. No se enfade usted, preciosidad.

ESTER. (Desabrida.) ¿Yo?

MORENO. (A Rubio.) Oye tú. Contenta á esta niña.

RUBIO. ¿Qué?

MORENO. ¡Vamos, anda, si lo estás deseando, guasón!

ÁFRICA. ¡Pero qué ganso es usted!

MORENO. (A Rubio.) ¿Lo estás viendo? Estas chicas no pueden vivir sin mí; las tengo con pasión de ánimo.

ÁFRICA. ¡Qué más quisiera usted!

MORENO. Permítame que no se lo diga. Porque quisiera muchas cosas.

ÁFRICA. Bueno, váyase usted á paseo.

MONENO. ¿A paseo, poniéndome usted los ojos atontolinados? ¡Que no! Ya sé yo que si me voy se queda usted privada.

ÁFRICA. ¡Yo qué me voy á privar!

MORENO. También sé que no se priva usted de nada.

VIUDA. (A Feliciana.) ¡Qué chico!

FELICIANA. Es muy simpático.

PÍO. Algo abusa del chiste, sí. A mi hija ya la ha enseñado más de lo debido. Pero lo que yo las digo... ¡Ya conocen ustedes mis ideas! ¡Que vean, que vean mundo!

VIUDA. (A Feliciana.) ¡Qué afán tiene este señor porque sus hijas vean!

MORENO. ¡Señores, esta noche hay que armar una que encienda el pelo!

LORENZO. Sí, sí, para eso es la última.

MORENO. Sí, señor. (A Rubio.) ¡Esta noche nos echan...! ¿Y los polvos?

RUBIO. Aquí los tengo; pero no seas ganso... parece muy buena gente.

MORENO. Digo... ¡Benditos!... Por eso mismo. (Se guarda una cajita.)

VIUDA ¿Pero qué es eso de la última?

LORENZO. Ah, es verdad: que aún no les he comunicado la nueva.

PÍO. ¿De qué se trata?

LORENZO. Pues amigos míos, que nos vamos

VIUDA. ¿Que se van? (A Pío)

(León va al balcón y se queda allí)

LORENZO. ¡Que nos vamos este verano!

VIUDA. ¡Ah!

PÍO. ¡Ah!

MORENO. ¿Adónde, adónde se van ustedes?
FELICIANA. Al Escorial.
PÍO. ¡Oh! ¡Un gran sitio!
VIUDA. ¡Ya lo creo, magnífico sitio!
RUBIO. ¡Soberbio sitio!
MORENO. Digo... un Real Sitio...
PÍO. Haga usted el favor de no nombrarme el régimen. ¡Ya conocen ustedes mis ideas!
MORENO. Si yo no le nombro... es que realmente... ¡Uf, usted perdone!... Efectivamente, el Escorial es el Real Sitio de San Lorenzo por otro nombre.
PÍO. Por mal nombre querrá usted decir, porque no sé yo qué tiene que ver San Lorenzo... ni qué cuerno de Real tiene...
LORENZO. Es que, por lo visto, usted no conoce la historia de la villa.
PÍO. No, señor. ¡Ya conoce usted mis ideas!
LORENZO. ¡Ah, bueno!
VIUDA. ¿Y cuándo, cuándo es la marcha?
FELICIANA. Pronto, muy pronto.
MORENO. Creo que aquello es delicioso.
RUBIO. Yo he estado un día con mi automóvil y lo pasé muy bien.
VIUDA (A Piedad.) ¿Has oído? ¡Tiene automóvil!
PIEDAD. Sí, mamá.
FELICIANA. Ya lo creo, la vida es tranquila.
CANDIDITA. ¡Ay, sí, creo que es muy tranquila!
LORENZO. Yo temo que nos aburramos. Como ninguno de ustedes va... pues no podremos dar fiestecitas... ¡Ah, si ustedes fueran!
PÍO. Ya harán ustedes amistades...
LORENZO. Tal creo. En fin, los aires son buenos...
PIEDAD. Que no es poca ventaja.
MORENO. Ya, ya; encontrarse tan cerca de Madrid con buenos aires.
LORENZO. Y el viaje es barato. Además se va volando.
MORENO. Se me está ocurriendo un chiste.
PÍO. ¡Hombre, usted no vive más que para el chiste!
LORENZO. No se lo trague usted.

MORENO. No, no; D. Pío me lo ha cortado, y como eran dos alas... una á la ida y otra á la vuelta... pues no puedo seguir...

ÁFRICA. ¡Qué mal ha quedado usted!

MORENO. Figúrese usted. Como el Ángel caído.

LORENZO. Dicen que es hermoso; en cuanto llueve, llega al pueblo el olor al tomillo y la mejorana... que creo que es una delicia.

PÍO. ¿Y hay mucha colonia?

MORENO. ¿No le han dicho á usted que huele muy bien?

ÁFRICA. (Le tira el abanico.) ¡No sea usted pesado!

FELICIANA. Yo estoy deseando encontrarme allí. Este Madrid es insoportable.

PÍO. Se ha echado el calor encima en tres días.

VIUDA. Nosotros no podemos parar en casa.

LORENZO. ¡Y se quejan ustedes! ¡Si viera usted mi alcoba!..

VIUDA. Sí, estará algo más caliente que la mía.

MORENO. ¡Natural!

FELICIANA. ¡Es asfixiarse! Como dormimos encima de la cocina de abajo...

MORENO. ¡Qué atrocidad! Y qué, D. Lorenzo, ¿tienen ustedes ya casa en El Escorial?

LORENZO. ¡Hombre, sí! Y por cierto que en inmejorables condiciones. No me cuesta un céntimo.

PÍO. ¡Hola!

FELICIANA. No le cuesta, pero le costó antes.

LORENZO. Sí, nos deja la casa un antiguo amigo que me debía un piquillo, y de este modo le solventamos.

MORENO. ¡Muy bien!

LORENZO. ¡Ah! ¡Cómo les voy á echar á ustedes de menos!

VIUDA. ¿Pues y nosotros?

LORENZO. Nada, lo que tienen ustedes que hacer es irnos á visitar. ¡Pasaremos un buen día!

PÍO. ¡Quién sabe! ¡Quién sabe!

LORENZO. En fin, ya lo saben ustedes. En El Escorial me tienen tan á su disposición como aquí, y todos tendríamos mucho gusto en verles por allí.

FELICIANA. ¡Pero quieres callarte, hombre! (Tirándole de la manga.)

LORENZO. Allí, Peguerinos...

CANDIDITA. ¡Pero papá! (El mismo juego.)

LORENZO. (Dándola un manotazo.) Y vuelta. (Alto.)

MORENO. ¿Eh?

LORENZO. Digo, que es á la vuelta de... de... de... Oye, ¿qué hay á la vuelta? (A Feliciana.)

FELICIANA. (Aparte.) ¡Uf, qué mareo!

LORENZO. Pues sí, á la vuelta... del Monasterio, allí, allí. (Aparte.) ¡Me estoy armando un lío!

FELICIANA. Por supuesto, que es muy fácil que á medio verano nos dejen sin casa, porque ya sabes tú lo informal que es ese don Mateo Rivas.

CANDIDITA. Un perdido, que debe catorce pesetas en un kiosco de necesidad... ¡Figúrense ustedes!

LORENZO. ¡Quita, mujer! ¡Un amigo de toda la vida!

PÍO. Todo ello se obvia cumpliendo cuantas condiciones rigen el inquilinato.

FELICIANA. ¡Calle usted! ¡Si ni siquiera hemos hecho un mal contrato!

PÍO. ¡Ah, pues han hecho mal!

LORENZO. Pero ¿qué más contrato quiero que tener las llaves como las tengo?

FELICIANA. Pues yo no las tengo todas conmigo.

LORENZO. ¡Ya te las daré!

MORENO. Señores, que charlando se pasa el tiempo y la noche no dura nada.

LORENZO. Tiene usted razón. ¿Les parece que juguemos un rato á las prendas?

TODOS. Sí, sí.

LORENZO. Bueno, pero mejor será dar cada uno su prenda y empezar en seguida las sentencias.

TODOS. Eso, eso.

LORENZO. Pues voy á hacer la recolección. Empezaré por las señoras. (A la Viuda.) Señora... deme usted una...

VIUDA. ¿Yo también?

FELICIANA. Sí, sí; todo el mundo.

MORENO. (Mirando á Pío.) ¡Aquí todos somos jóvenes!

PÍO. No, todos no.
MORENO. Usted también.
PÍO. Le digo á usted que no. Yo me contento con mirar.
MORENO. ¡Entonces da usted la mejor prenda! Ya sabe usted que no hay prenda como la vista.
ÁFRICA. ¡Ahí va!
ESTER. ¡Hombre, por Dios!
RUBIO. ¡Avisa otra vez!
PÍO. Terminará usted por hacerme reir.
MORENO. ¿A que no?
LORENZO. Vamos, Piedad...
PIEDAD. ¡Si no tengo!
RUBIO. (A Ester.) ¿Y usted qué va á dar?
ESTER. (Mirándole tierna.) Lo que usted quiera.
RUBIO. ¿De verdad?
ESTER. Sí, señor.
MORENO. (Echando algo en el sombrero.) ¡Por Piedad!
PIEDAD. Muchas gracias.
MORENO. Muchas más quisiera tener para hacerla á usted reir y que me enseñara los dientes que son de esos que meten en gana de ser pastilla de goma.
PIEDAD. (Ruborosa.) ¡No sea usted tonto!
VIUDA. (A Piedad.) ¡Anímale, niña, anímale! (Aparte.) ¡Qué hija!
FELICIANA. (Sotto voce.) ¡Qué mala educación!
VIUDA. Es muy gracioso.
LORENZO. Afriquita, ¿qué me da usted?
ÁFRICA. No tengo más que el abanico y me hace falta. Si quiere usted le daré aire.
MORENO. ¿Y esas sortijas?
ÁFRICA. ¡Ay, no puedo quitármelas! Dé usted algo por mí.
MORENO. ¿Yo por usted?
ÁFRICA. Sí, hijo, sí; parece que se asusta.
MORENO. (Acercándose mucho.) ¿Que me asusto?
ÁFRICA. ¡Uf! Qué cargante está usted esta noche.
MORENO. (Echándose casi encima.) ¿Que estoy cargante? (Exagerado.) ¡Ahí va ese lápiz, que es mi retrato desde que usted me ha mirado!
ESTER. ¿No me da usted nada en prenda?

RUBIO. ¡No he de darle! Tenga usted. (La da el reloj.) ¡Y ojalá se pare para que me marque siempre la hora del juicio!

ESTER. ¿Del juicio?

RUBIO. Sí, señora; del juicio perdido por usted que me está trastornando esta noche.

ESTER. ¡Ay, no me gusta á mí causar trastornos!

RUBIO. Y á mí en cambio me gusta usted más que siete mujeres juntas, rubias todas... y huérfanas de padre y madre.

ESTER. ¡Qué exagerado!

LORENZO. Ya está casi todo.

ESTER. Pues empecemos.

MORENO. Lisardo, ¿qué le pasa á usted? ¡Parece que le han dado cañazo!

LISARDO. (Mira á Feliciana y suspira.) ¡Ay! ¡Nada!

MORENO. (Señalando á Feliciana.) ¡A usted ya le he tañao yo!

LISARDO. ¡No tiene usted que tañarme nada!

MORENO. ¡Vamos!...

VIUDA. ¿Qué te dice, hijo?

MORENO. Que parece que no, pero hace calor.

VIUDA. ¡Ya lo creo!

LISARDO. Pues yo no lo noto.

RUBIO. (A Ester.) ¿Cree usted que es mentira lo que le digo?

ESTER. Yo no sé. ¡Como ustedes los hombres son así!

RUBIO. ¿Usted qué sabe cómo soy yo?

MORENO. ¡Rubio!

RUBIO. ¡No haga usted caso! ¡Ah! ¿Qué quieres?

MORENO. Dice D. Lorenzo que vengan ustedes para acá.

RUBIO. ¡Bueno!

ESTER. (Aparte.) ¡Qué fastidio, casi se declara! (Se acerca al grupo.)

LORENZO. ¡Ya tenemos todos prenda! Ahora Leoncito que vaya sacando para que no haya trampa.

PÍO. Pero ¿dónde está ese chico?

ÁFRICA. (Buscando.) ¡Ay, qué chico; no he visto nada igual!

LORENZO. (Idem.) ¿Dónde estará?

FELICIANA. ¿Se habrá perdido?

MORENO. (Le descubre en el balcón.) ¡Está de conversación con el sereno!... (Le señala dormido al fresco.)

PÍO. (Sacudiéndole) ¡Niño! ¿No ves que podías caerte al arroyo?. . Vamos, despierta...

(León se estira y despereza.)

MORENO. Pues mire usted, tiene gracia.

PÍO. Yo no la veo por ninguna parte

LORENZO. Bueno, ya pasó todo; anda, Leoncito, saca de este sombrero una cosa. (León tira y saca una *tira* larguísima de periódico, grasienta y sucia.)

ÁFRICA. ¡Uy! ¿Qué es eso?

ESTER. ¿Quién ha puesto esa porquería?

LISARDO. (Todo sofocado.) ¡Niño, trae aquí eso!

ESTER. (Regocijada) ¡Ay, es de Lisardo, es de Lisardo!

ÁFRICA. ¡Qué gracioso!

PIEDAD. (Mirando al suelo) ¡Qué fastidio! (Bajo.)

FELICIANA. ¿Pero es de usted?

LORENZO. Es del sombrero.

PÍO. Bueno, ¿qué sentencia le ponemos?

MORENO. (A Ester y África.) Que le compren un sombrero más chico.

LISARDO. (Rompe con rabia los recortes.) ¿Qué dice usted? (A Moreno.)

ÁFRICA. Se ha colado usted. (Á Moreno, bajo.)

MORENO. Más se le va á colar á el. (Bajo.) (Alto.) Nada. Decía que las sentencias deben ponerse antes que las prendas.

LORENZO. Bueno. Entonces ésta no ha valido.

MORENO. A la prenda que salga que diga tres veces sí y tres veces no.

LORENZO. ¡Muy bien! (Moreno habla en voz baja con el niño.) Anda hijo, saca otra cosa. (León saca una moneda de cinco pesetas.)

MORENO. ¡Veinte reales!

PÍO. ¡Míos!

LORENZO. ¡Pues ande, váyase usted de aquí!

PÍO. ¿Adónde?

LORENZO. Ahí fuera.

PÍO. ¿Cuidado, eh? Que les tengo miedo.

MORENO. Vamos á ver. (Se agrupan todos.) Que si le gusta ir á misa. ¿Eh?

Pío. Sí.

Todos. ¡Já, já! (Mucha animación.)

Lorenzo. Que si vendrá la República. ¿Eh?

Pío. No.

Todos. ¡Pero hombre! ¡Já, já!

Moreno. (Habla en voz baja.) ¿No les parece á ustedes?

África.
Ester. } Ay no, no, que se va á enfadar.

Pío. ¿Qué hay, qué hay? ¿Supongo que no jugarán ustedes con mis ideas? (Saliendo. Hay risas, señas y disimulos.)

Lorenzo. Ha dicho usted que le gusta mucho ir á misa.

Moreno. ¡Y que no vendrá la República!

Pío. (Poniéndose muy serio.) Entiendo yo que no deben servir de mofa ideales tan serios como los míos, y por ende he de decirles que me resulta muy necio semejante juego y que no he de tomar parte en él.

África. (Á Moreno.) ¿Lo ve usted?

Lorenzo. ¡Vaya, vaya; no hay que incomodarse!

Moreno. ¡Es claro! Ya no hay más prendas. Voy á hacerles á ustedes un bonito juego de manos.

Todos. ¡Á ver! ¡Á ver!

Ester. ¡Alguna mala pata!

Moreno. No sea usted mal pensada. Ya he dicho que va á ser de manos nada más.

Feliciana. ¡Pero en serio!

Moreno. ¡Ya lo creo! ¿Verdad, Rubio?

Rubio. ¡Sí, sí, sabe varios!

Moreno. (Á D. Lorenzo.) Tráigame usted una docena de platos.

Feliciana. ¡Ay Dios mío! Mal empieza ese juego.

Moreno. ¡Señora!

Viuda. ¡Siempre será una gansada! (Bajo.)

Lorenzo. ¿Pero qué va usted á hacer?

Moreno. ¡Un truco! ¡De verdad! Yo á la vista de todos ustedes los rompo.

Feliciana. ¡Basta! ¡No siga usted!

Lorenzo. Es verdad, ese juego es muy peligroso.

África. ¡Iba usted á hacer nueva la vajilla!

MORENO. Eso precisamente. Yo los rompo y...
LORENZO. Y yo tengo que comprar otros. No, no.
MORENO. Vaya; pues entonces haré otro. ¡Tráigame usted una sábana!
LORENZO. ¿Una sábana?
MORENO. Sí, señor. Voy á hacer desaparecer una persona.
PÍO. ¿Por donde?
MORENO. ¡Ese es el secreto! Me pongo, por ejemplo, con África detrás de la sábana, y cuando ustedes menos lo piensen...
ÁFRICA. Suena una bofetada. No les quepa á ustedes duda.
MORENO. ¡Bueno, si es capricho!
FELICIANA. ¡Bah, bah! Busque usted otro, que este juego tampoco nos gusta.
MORENO. ¡Vaya por Dios! Bueno, Antonio, (Á Rubio.) haz tú el del abanico.
RUBIO. Hombre, no sé si me acordaré.
MORENO. ¿No has de acordarte?
LORENZO. ¡Vamos á ver!
RUBIO. ¿Y el abanico?
MORENO. En seguida. ¿Quién le da un abanico á mi amigo?
ÁFRICA. Yo. Tenga usted. (Se lo da.)
RUBIO. Estoy viendo que no me voy á acordar.
ESTER. ¿Pero en qué consiste?
RUBIO. ¡Verán ustedes! Tiene tres partes.—¡Primera! (Coge el abanico, y lo rompe en tres pedazos.
ÁFRICA. ¡Ay por Dios!
MORENO. No se asuste usted, que lo hace muy limpio.
RUBIO. ¿Un pañuelo?
ESTER. Tenga usted.
RUBIO. ¡Segunda! (Lo envuelve en un pañuelo.)
ÁFRICA. ¡Ay, estoy deseando que llegue la tercera parte!
RUBIO. (Dando vueltas al pañuelo.) ¡Y tercera! (Tira de una punta y cae al suelo el abanico roto.) ¡Ya está!
FELICIANA. ¡Roto!
LORENZO. Razón tenía. (Cogiendo los pedazos.) Miren ustedes. ¡Una! ¡Dos! ¡Y tres partes!
RUBIO. (Simulando azoramiento.) ¡Qué es ésto! Pues me

extraña... Ya decía yo que no me acordaba.

ÁFRICA. ¡Pues es una gracia!

MORENO. No se apure usted. ¡Eso es del juego!

RUBIO. No, no. ¡Si es que me ha salido mal! ¡¡¡No me acuerdo!!!

TODOS. ¡Ah!

RUBIO. Señorita, usted perdone...

ÁFRICA. (Seria.) ¡No hay por qué!

VIUDA. Vaya. Va á haber que dejarse de juegos. Todos acaban mal. Lisardo, ¿por qué no les das la sorpresa?

MORENO. ¡Ah, pero tiene una sorpresa que darnos!

LISARDO. ¡Por Dios, mamá!

FELICIANA. Vamos, vamos. No tenga usted vergüenza.

MORENO. *¡Sinvergüenza!*

LORENZO. ¡Eso es!

PIEDAD. Anda «Ardito».

VIUDA. Anda, hijo.

FELICIANA. Ande usted.

LISARDO. (Se levanta y va despacio al centro de la escena. Saca un gran fárrago del bolsillo y escoge de entre los papeles uno.) «Á los señores de Arnete».

TODOS. Bien. Muy bien.

LISARDO. «¡Envío!»

MORENO. Ah, ¿pero son poesías? ¡Cuánto me alegro! (Cuchichea con África, Ester y Rubio.)

VIUDA. ¡Un poquito de silencio!

LISARDO. ¡Envío!

MORENO. ¡Venga!

ÁFRICA. Cállese usted.

MORENO. ¡Voy!

VIUDA. ¡Así no podrá empezar!

PÍO. Tiene usted razón. ¡Cállense! Y opino yo que debe prestarse mucha atención á estos trabajitos, que á más de deleitar sírvennos de ejemplo. ¡Ah! Si todos los jóvenes fueran de este modo, ¿qué camino no hubiera ya recorrido la literatura en nuestros tiempos?

LORENZO. ¡Es verdad!

MORENO. Pero D. Pío. Si ahora es usted el que está interrumpiendo.

PÍO. No lo creo yo así, porque...
VIUDA. Pero convendría que callasen todos.
LISARDO. Envío.
PÍO. Y diga usted. (Á Lisardo.)
MORENO. Hombre, por Dios. Callarse, que está resultando un envío en pequeña velocidad.
LISARDO.
Ven á mí, musa, con donaire y brío.
Ven á mí. ¡Ya está aquí! ¡Oh mi envío!
MORENO. (Las observaciones en petit comité.) Eso está bien; ¿verdad?
LISARDO.
Á esa divina antorcha que me guía
Un día, otro día y otro día,
Por la senda marcada en mi destino,
Doila mi parabién, que ella el camino
Me ha marcado,
He triunfado,
¡He llegado!
Al final de la cuesta del camino.
(Al accionar se le escurre un pie.)
MORENO. ¡Ay que se escurre!
ÁFRICA. ¿No ve usted que está al final de la cuesta? (Aparte.)
LISARDO. (Creciéndose.)
Si corrí con ansiedad
Por alcanzar la verdad,
No puedo hallarme doliente.
¡El hado tuvo piedad!
Para el sudor de mi frente
Por fin he encontrado
¡¡¡El hado!!!
Que me esperaba impaciente.
Para mi felicidad
Ante mis ojos grabado
El hado ha escrito. «Amistad».
TODOS. ¡Bien! ¡Bien!
MORENO. ¡Mantecado helado!
LISARDO.
No soy bardo
Como aquél otro Lisardo.
¡Soy trovero de mi bien
Soy un ave
Cuyas alas nadie sabe
Por qué vuelan, hacia dónde y para quién!
TODOS. ¡Bien! ¡Muy bien!

MORENO. ¡Que ahueque el ala! } (Aparte.)
ESTER. ¿Será un pichón? }
LISARDO. Me he parado en un rosal.
Don Lorenzo es tronco de él.
Rosa doña Feliciana. (La mira.)
Rosa doña Feliciana...
Capullo primaveral
Que está destilando miel
Cándida, tímida y sana.

—

¡Basta, trovero! Termino.
¡Pájaro, acaba! ¡Enmudece!
¡Ya voy herido! Parece
Que amor del carcaj divino
hame una flecha clavado.
(Mira á Feliciana.)

—

¡Ya muero! ¡Estoy sentenciado!
¡No sea cruel mi estrella!
Si muero, muero por ella.
(Mira á Feliciana.)
¡Oh amistad! ¡Dulce cadena!
¡Séme leve! ¡Séme buena!
«Á los señores de Arnete».
Gracias, musa. Musa, vete.

TODOS. ¡Muy bien! (Palmadas, abrazos, risas, etc.) ¡Bravo, bravo!

MORENO. Vaya, vaya. Yo no puedo consentir que todos luzcan sus habilidades y yo no haga nada.

LORENZO. ¿Y qué va usted á hacer?

MORENO. Ahora lo verá usted.. ¡¡¡Silencio!!! (Tose, escupe, etc.) ¡¡¡Silencio!!!

ÁFRICA. ¡Pero si estamos todos como en misa!

(Moreno comienza á imitar el fonógrafo. Lo que quiera. Todos rien y aplauden.)

MORENO. ¿Le ha gustado á usted?

ÁFRICA. ¡Ay, no, hijo! Tiene usted la voz muy tomada.

MORENO. ¡Cómo que ni la voz es mía; todo de usted!

ÁFRICA. ¡Embustero!

MORENO. Lo que pasa, es que usted y yo nos vamos

á querer más que San Isidro y Santa María de la Cabeza. (Charlan animados.)

(Ester y Rubio han charlado amorosamente toda la noche.)

LORENZO. ¡Ahora usted, Piedad!

TODOS. ¡Sí, sí, que cante!

PIEDAD. ¡Por Dios!

VIUDA. ¡Vamos, hija, canta!

LORENZO. Nos lo prometió usted.

PIEDAD Bueno, cantaré... (Va corriendo al piano. Si no sabe tocar la acompañará cualquiera de los otros que sepa)

MORENO. (Á Africa.) ¿Me mato ó soy feliz?

AFRICA. Bueno... pues... ¡¡Sí!!... ¡Pero que no sepa nada mi hermana!

MORENO. ¡Ni Rubio!

AFRICA. ¡Palabra!

MORENO. ¡Palabra!

TODOS. ¡Silencio, silencio!

(El piano empieza á tocar la canción archicursi del: *¡Qué bien, mamá, qué bien, mamá!)*

PIEDAD. (Cantándola cómicamente mal.)

¡Y lejos de la orilla...!
¡Qué bien, mamá,
Qué bien, mamá! etc.

(Todos van quedándose serios al oir lo mal que lo hace.)

VIUDA. (Lleva el compás entusiasmada)

¡Qué bien, mamá,
Qué bien, mamá!

MORENO.
AFRICA.
RUBIO.
ESTER.

¡Qué mal, Piedad, (Sotto voce y conteniendo la
Qué mal, Piedad! risa)

(Moreno saca cierta cajita y la vierte en el pañuelo, después lo sacude.)

AFRICA. (Bajo.) ¿Qué hace usted?

MORENO. Poner cejuela á ese grillo.

PIEDAD. (Cantando.)

¡Qué bien... ¡¡¡A... chist!!! (Estornuda.)
¡Qué bien... ¡¡¡A... chist!!! (Idem.)

VIUDA. ¿Qué es ésto?

PÍO. ¡El aire!

MORENO. Sí, el aire de la canción...

PIEDAD. ¡Ay, no puedo más, me pica la garganta!

TODOS. ¡Y á mí, y á mí!

VIUDA. ¡Si me trajeran un vaso de agua!

TODOS. ¡Y á mí, y á mí!

FELICIANA. (Llamando.) ¡Venancio! Traiga las bandejas del comedor.

LORENZO. Tomarán ustedes un merenguito y un refresco...

TODOS. (Se miran unos á otros y después estornudan á una.) ¡¡¡Achist!!!

VIUDA. (Busca su pañuelo visiblemente. Á Piedad.) ¿Has visto mi pañuelo?

CRIADO. (Entrando con una bandeja en cada mano.) ¡Los merengues!

TODOS. (Alargan la mano y estornudan como un solo hombre.) ¡¡¡Achist!!!

(Venancio vuelve la cara y las bandejas caen al suelo. La viuda] que ve algo blanco debajo del sofá tira de ello y saca las enaguas, que metió D Lorenzo, para sonarse.)

TELON



ACTO II

Sala en una casa de El Escorial Puerta en el foro; una ventana con reja hasta el suelo en el primer término derecha; muebles de verano y un biombo chinesco.

ESCENA PRIMERA

CANDIDITA habla por la reja con DON ALFONSO; éste va vestido de cazador.

CANDIDITA. No sé por qué ese empeño en irse al campo hoy que es aquí día de fiesta para todos.

ALFONSO. Ya sabe usted que yo odio toda clase de bullicio y de fiestas. Durante los quince años que llevo de catedrático en esta Escuela de Montes, todos los días de San Lorenzo me he marchado al campo, después de oir las misas de rigor.

CANDIDITA. Pero este año, en honor á mi padre...

ALFONSO. Ya tuve el gusto de felicitarle esta mañana. Siento en el alma no complacer á usted, Candidita, pero mis costumbres, mi punto de vista en la disciplina... ¿Qué dirían mis alumnos si me viesen en las fiestas?

CANDIDITA. ¿Y qué dirán al verle hablar por la reja con una muchacha?

ALFONSO. La cuestión es diferente, Candidita; mis relaciones amorosas con usted no son

como otras cualesquiera. Mis años y mi posición me obligan á obrar de otro modo. Ustedes son una familia muy formal, modelo de orden, y esa circunstancia, aparte de las dotes físicas que tanto adornan á usted, es la que más me ha decidido. Un mes llevo admirando la calma, la feliz tranquilidad en que se desliza la vida de ustedes, sin alternar para nada con esas alocadas familias de la colonia, y esto me hace pensar con alegría en el día que pueda yo formar parte de familia tan arreglada y vivamos los cuatro en esa feliz y envidiable paz.

CANDIDITA. Muchas gracias, D. Alfonso, pero...

ALFONSO. Ya sé que aún no soy dueño de su corazón; pero la preferente amistad con que usted me honra y lo bien que recibieron sus padres mis pretensiones, me hacen ver bien cimentada mi esperanza... ¿Verdad, Candidita?

CANDIDITA. Cierto que yo agradezco sus distinciones conmigo, que estimo en lo que valen sus cualidades de hombre formal y de posición; pero debo advertirle que no debe juzgar por las apariencias... que creo hay puntos en que se engaña su juicio respecto á mi familia...

ALFONSO. Basta, Candidita, me está usted ofendiendo. Yo no persigo ninguna cuestión de intereses.

CANDIDITA. No es eso, D. Alfonso...

ALFONSO. No hablemos más de ello. Ahora con gran sentimiento dejo á usted; apenas me queda tiempo de alcanzar el coche.

CANDIDITA. Pues no se detenga y hasta...

ALFONSO. Hasta mañana por la mañana que vendré á buscar á ustedes para dar un paseo. Yo estoy de vuelta mañana temprano.

CANDIDITA. Pues hasta mañana.

ALFONSO. A los pies de usted, encantadora Candidita. (Mutis.)

CANDIDITA. Beso á usted la mano. (Pausa. Le mira alejarse.

Se sienta de espaldas á la puerta y suspira preocupada.) ¡Pobre D. Alfonso, es una bellísima persona! (Pausa.) Y es una infamia el engañarle... la culpa la tienen papá y mamá... ¡Decir que esta casa es modelo de orden y seriedad!... Claro; como no nos ha visto en Madrid... y aquí papá no conoce á nadie...

ESCENA II

CANDIDITA, DON LORENZO y DOÑA FELICIANA.

LORENZO. (Entrando con su mujer de puntillas; miran á Candidita que no les ve. Con misterio:) ¡Mírala! La ha sentado el noviazgo como mano de santo. Preocupada... (Candidita suspira.) y suspirando... ¡Si conozco yo de memoria á las mujeres! Sin novio, dan la lata á los padres; con él, no se la dan á nadie... y en cuanto se casan... se la dan al marido.

FELICIANA. La verdad es que ha cambiado por completo.

LORENZO. (Alto.) ¡Niña!

CANDIDITA. (Volviéndose.) ¡Ah! Sois vosotros, me alegro, ahora iba á llamaros. Tenemos que hablar seriamente.

LORENZO. (Risueño.) Puedes ahorrarte esa vergüenza. Yo hablaré por ti. Estás decidida á casarte con D. Alfonso García... ¿No es eso?

CANDIDITA. Es todo lo contrario.

LORENZO. ¿Qué dices?

CANDIDITA. Lo que ustedes oyen. Me avergüenza engañar á ese señor como le estamos engañando.

FELICIANA.
LORENZO. } ¿Que le estamos engañando?

CANDIDITA. Sí, señor, engañando. Entre nosotros y las apariencias del momento. El cree que somos una familia tranquila, que huye de todo jaleo y de toda clase de fiestas, con apenas amistades, y que vive en santa paz.

LORENZO. ¿Y bien?

CANDIDITA. ¡Que es todo lo contrario! Que ni somos una familia tranquila, ni muchísimo menos. Que si no vamos á fiestas ni las damos nosotros, es porque, como usted dice siempre con pena, no conocemos aún á nadie aquí. Y que si no tenemos amistades, no por eso nos faltan en Madrid, y precisamente de las que más molestan á D. Alfonso.

LORENZO (Enfadado.) Es decir, ¿que tú nos crees una familia del dios Baco?. . ¿Lo ves, Feliciana? Esto es obra tuya, por criticar á mis amistades ¡Ya ves qué idea tiene nuestra hija de nosotros!

FELICIANA. (Idem.) ¡De quien es la culpa, es tuya! ¡Ahí tienes las ventajas del novio! ¡Enamorada de D. Alfonso, le parecemos poco para él!

LORENZO. ¡¡Felicianaaaa...!!

FELICIANA. ¡¡Lorenzoooo...!!

CANDIDITA. Yo no sé si le quiero ó no; pero le desengañaré en cuanto vuelva.

FELICIANA. No harás eso, hija mía. Si tal es tu gusto, yo te prometo que terminarán nuestras reuniones, y ni siquiera saludaremos á los amigotes de tu padre.

CANDIDITA. Mejor hubiera sido no conocerlos.

LORENZO. (Indignado.) ¡Olvidas que nos hemos sacrificado por entretenerte! ¡Eres una ingrata!

FELICIANA. (Poniendo paz.) No hay que enfadarse. Vamos, Candidita, no des un disgusto á tu padre el día de su santo. Después de todo, aquí no han de venir, y cuando volvamos á Madrid, con no recibir ni tratar á nadie, está todo arreglado. Anda, nos vestiremos y saldremos á dar un paseo.

LORENZO. Bajad los paraguas, pues se está nublando mucho.

(Mut's Feliciana y Candidita, ésta mohina)

ESCENA III

DON LORENZO solo, luego los G. de PEGOTE.

LORENZO. Después de todo, tienen razón. Cada vez estoy más contento de haber venido aquí. Por supuesto, que echo de menos mi fiestecita anual de San Lorenzo. ¡El primer año que no la celebro! Aquí no tenemos amistades. ¡Si estuviéramos en Madrid! A estas horas estaría rendido de felicitaciones. Desde las siete de la mañana, el lechero, el panadero, el carnicero, la portera, el cartero, los criados de la vecindad, la trapera y el mozo del café. ¡Ah! Pues, ¿y los amigos? La recepción de la tarde, la familia, la tertulia del Colonial, antiguos amigos, etc... ¿Y por la noche? La fiesta organizada por mí, canciones, juegos de manos, bailes, juegos de prendas... los versos de Lisardo dedicados... el limón helado y la zarzaparrilla... (Suspirando) ¡Ay! La verdad que lo pasábamos muy bien... y aquí, solos como unos hongos. Ni siquiera me han escrito. ¡Claro, como por correo no pueden tomar limón helado!

VIUDA. (Por la ventana.) ¡Ay D. Lorenzo!

LORENZO. ¿Eh? ¡Ah! ¿Ustedes por aquí? (Va á la ventana.)

VIUDA. ¡Nosotros, sí, señor, nosotros! (Gritando.) ¡Ingrato! ¿Qué creía usted, que no le íbamos á tirar este año de las orejas? (Le tira de ellas á través de la reja.)

LORENZO. ¡Señora! ¡Ay! Cuanto les agradezco... ¿Qué tal, Piedad? ¿Y usted, Lisardo?.. Pero, pasen ustedes... esa primera puerta... yo voy á abrirles... ¡Vaya, vaya!.. (Mutis)

(Los G. de Pegote desaparecen exclamando: ¡Sí, sí!—¡Vamos!—¡Qué D. Lorenzo éste!—etc.)

LORENZO. (Dentro.) Por aquí... por aquí .. (Aparecen.) Pasen ustedes por aquí.

LISARDO. ¡Uf! ¡Qué bochorno!

VIUDA. ¡Vaya con D. Lorenzo! ¡Pero qué gordo está usted!

LORENZO. Yo, admirable. Feliciana y Candidita andan un poco revueltas estos días; yo creo que son las aguas.

VIUDA. Pero eso pasa. Ya verá usted qué buenas se ponen.

LORENZO. ¡Vaya si se van á poner buenas! (Aparte.) En cuanto sepan que están ustedes aquí. (Llamando.) ¡Feliciana! ¡Candidita!

FELICIANA. (Dentro.) ¿Qué pasa?

LORENZO. ¡Mirad qué sorpresa! (A la viuda.) ¿Y cómo no han venido ustedes á almorzar con nosotros?

PIEDAD.
LISARDO. } ¿Lo ves, mamá?

LORENZO. Pues claro, tienen razón los chicos; ¿á quién se le ocurre?..

PIEDAD. Ya lo decía yo.

LISARDO. Debimos almorzar en casa.

LORENZO. ¿Pero... cómo?.. ¿No han almorzado ustedes?

VIUDA. ¡Oh! Pero por nosotros...

PIEDAD. Tomamos...

LORENZO. Claro está, tomarían ustedes algo ligero al salir.

PIEDAD. Tomamos el tren á las nueve de la mañana y ahora acabamos de llegar.

LORENZO. ¡Qué disparate!... ¡No ha sido muy ligero! Son las cuatro de la tarde.

LISARDO. Es un abuso el de las Compañías... Luego se quejan que la gente no viaje.

LORENZO. Siempre lo he dicho. Á estos puntos cerca de Madrid los mata el tener que luchar con las malas Compañías. Pero todo se arreglará. ¡Feliciana! (Viéndola aparecer.) Mira quiénes están aquí.

ESCENA IV

DICHOS, DOÑA FELICIANA y CANDIDITA, vestidas para salir.

FELICIANA. ¡Calle, qué sorpresa!
CANDIDITA. ¡Ustedes aquí!
LISARDO. ¿Qué tal, señoras?
LORENZO. (Frotándose las manos.) ¡Vaya, vaya, qué alegría!
FELICIANA. Ha sido una verdadera sorpresa.
CANDIDITA. Sí... una sorpresa.
LISARDO. La idea fué de mamá.
FELICIANA. ¡Ah, sí, claro! (La da palmaditas.) Usted siempre con tan buenas ideas...
VIUDA. ¿Cómo no íbamos á felicitar á D. Lorenzo?
LORENZO. Te advierto que no han almorzado.
CANDIDITA. ¿No habéis almorzado?
(Gesto negativo de los G. de Pegote.)
FELICIANA. Pues vamos, vamos, no nos detengamos más. (Van todos hacia la puerta.)
LORENZO. (Aparte.) ¡Qué mujer más dispuesta tengo!
FELICIANA. (Volviéndose.) ¿Adónde vienen ustedes, al Hotel Miranda ó al Victoria?
(Todos se quedan fríos, y el silencio pasa sobre la plancha.)
LORENZO. ¿Cómo?...
CANDIDITA. ¡Mamá!...
LORENZO. Mujer, qué cosas tienes; estás chiflada. Estando nosotros aquí ¿iban á ir á la fonda?
FELICIANA. ¡Ay por Dios! Pues claro... ¿Cómo habré pensado yo eso? Ustedes perdonen.
VIUDA. De nada No se apure usted, querida...
LISARDO. Veníamos á pasar el día con ustedes; pero el tren se retrasó...
PIEDAD. ¡Cinco horas!
CANDIDITA. Estaréis muertos de hambre.
PIEDAD. No lo creas, como siempre.
FELICIANA. Vamos de todos modos al comedor.
LORENZO. Luego verán ustedes la casa y el jardín.
FELICIANA. Se contentarán ustedes con lo que haya.
LISARDO. ¡Oh por Dios!
PIEDAD. Cualquier cosa.

VIUDA. Ya sabe usted que éstos no comen más que porquerías.
(Mutis animado. La escena sola un momento. Se oye la bocina de un *auto* que para cerca de la ventana.)

ESCENA V

ANTONIO RUBIO y ANTONIO MORENO (con guardapolvos y gorras de automóvil).

RUBIO. (Por la ventana.) ¿Es aquí dónde vive D. Lorenzo Arnete?

MORENO. ¿El que tiene una señora de rechupete?

RUBIO. Aquí no hay nadie.

MORENO. Pues la puerta está entornada. Vamos adentro. Si nos equivocamos, ya nos dirán por donde se sale. (Desaparecen. Pausa.)

MORENO. (Entra en escena con gran misterio) ¡Nadie!

RUBIO. (Idem.) ¡No hay nadie!

MORENO. No hay nadie más fresco que nosotros.

RUBIO. Debemos marcharnos.

MORENO. ¡Calla! Mira, aquí se está muy bien. (Se sienta) Esperemos, alguien vendrá. ¡Uf! Hace un bochorno horrible. No tarda ni un cuarto de hora en descargar la tormenta. (Se estira)

RUBIO. ¡Ni cinco minutos! ¡En cuanto venga el dueño de esta casa y te vea en ella como en la tuya!

MORENO. Pero hombre, si nos han dicho que aquí vive D. Lorenzo.

RUBIO. Pues ya ves que aquí los únicos vivos somos nosotros.

MORENO. La verdad, que si vive aquí D. Lorenzo, debe haberse muerto toda la familia, porque si no ya estarían de cachupinada.

RUBIO. ¡Chico, qué calorazo! (Se sienta en otro sillón.)

MORENO. !Uf, qué incómodo! (Prueba dos ó tres sillones; por fin casi se tumba en uno.) ¡Aaaaa... ajajá!

RUBIO. ¡Qué calor!

MORENO. ¡Es tremendo! (Se quita el guardapolvo, luego la americana, y los tira en cualquier parte.)

RUBIO. Pero tú... ¿Qué haces?

MORENO. Está esa carretera imposible. Además con no tener capota el auto... vengo asado... (Se quita el cuello y se remanga hasta los codos.)

RUBIO. ¡Cuidado que eres fresco!

MORENO. ¡Ca, hombre! Si lo fuera no haría estas cosas. (Se tumba y se da aire.)

RUBIO. ¿Y si viene esa gente?

MORENO. Les diremos que ésta es la *última.* (Pausa.)

RUBIO. (Escucha atento.) Pero en esta casa no debe haber nadie.

MORENO. Y yo voy á quedarme dormido (Pausa. Se oye un lejano trueno.) ¿Oyes?

RUBIO. Sí, ya empezó.

MORENO. ¡Mira, mira como llueve! (Se oyen otros dos truenos.)

RUBIO. ¡Y qué truenos! ¿Qué hacemos?

MORENO. Quedarnos aquí... hasta que pasen.

RUBIO. Pero si no pasa nadie.

MORENO. ¡Hasta que pasen los truenos! Haz lo que yo. (Se pone cómodo.) Sobre todo no me molestes. Ya sabes que las tormentas me las paso dormido. (Se estira.) ¡Uf! ¡Qué bochorno! (Se intenta aligerar más de ropa.)

RUBIO. ¿Qué vas á hacer?

MORENO. Quedarme en camiseta.

RUBIO. (Se lo impide.) Estate quieto, haz el favor.

MORENO. ¡Si ésta es la *última!*

RUBIO. Sí, la última prenda que te puedes quitar.

MORENO. Pues déjame dormir.

RUBIO. ¿Y yo qué hago?

MORENO. Túmbate también; sin duda están de paseo. Ya volverán.

RUBIO. ¡Bueno! (Se túmba.)

MORENO. ¡Huuuuy!

RUBIO. ¿Sabes que se está aquí fresquito?

MORENO. ¡Pues claro!

RUBIO. Me voy á quitar el guardapolvo. (Lo hace.)

MORENO. (Suena otro trueno.) ¡Qué modo de llover!

RUBIO. ¡Y de tronar!

MORENO. ¡Huuuuy! } (Galbánicos.)

RUBIO. ¡Huuuuy! }

(Pausa.)

RUBIO. (Se levanta.) Me quitaré la americana. (Se la

quita.) La verdad, que si vienen ahora y nos ven así... (Se remanga también hasta el codo. Se vuelve á tumbar.)

MORENO. ¡Aaaaaah! } (Más galbánicos.)
RUBIO. ¡Ooooooh! }

(Se oye un trueno más fuerte.)

MORENO. ¡Ya está ahí!
RUBIO. (Se levanta rápido y va por su ropa.) ¡¡Demonio!!
MORENO. ¡No, si es la tormenta!

(Rubio se vuelve á echar. Pausa.)

ESCENA VI

DICHOS y los REVUELTO y REVUELTA (en la calle). Vienen chorreando agua.

PÍO. (Por la ventana con su voz de trueno.) ¡Hola, gentuza!
MORENO. (Rueda asustado.) ¡La tormenta!
RUBIO. (Idem.) ¡Ahora sí que está aquí!
PÍO. ¿Esto es una casa ó un embarcadero?
MORENO. ¡Si es D. Pío! ¿Qué tal? (Va á la ventana.)
PÍO. ¡Ya ve usted! (Se sacude.)
ÁFRICA. ¡Qué tiempo!
RUBIO. (Yendo á la ventana.) ¡Anda revuelto!
PÍO. ¡El mismo!
RUBIO. No; si digo el tiempo.
ESTER. Ya, ya; está lloviendo á cántaros.
PÍO. ¿Por dónde se entra aquí? Si seguimos en la calle nos ahogamos.
MORENO. Pasen ustedes, por esa primera puerta.
PÍO. Andando, niños. (Desaparecen.)
RUBIO. Pero tú, ¿qué vas á hacer?
MORENO. Calla, hombre. ¿Quieres que se disuelva una familia? (Va hacia la puerta.) ¡Por aquí, por aquí!
RUBIO. ¡Hoy nos ponen á nosotros como al patrón de este pueblo!

ESCENA VII

MORENO, RUBIO, PÍO, ÁFRICA, ESTER, LEÓN. (Estos cuatro en lastimoso estado de humedad.)

PÍO. ¡Gracias al diablo!

ESTER. ¡Qué modo de llover!

MORENO. ¡Pero cómo vienen ustedes!

ÁFRICA. A nado.

RUBIO. Bien lo parece.

PÍO. Les digo á ustedes que el viaje ha sido una delicia. Ya conocen ustedes mis ideas, si no, creería que hoy habíamos ganado la Gloria.

RUBIO. ¡Puede que nos la ganemos!

PÍO. (Señalando á su familia.) Miren ustedes qué fachas... Esto no es la familia de Revuelto, esto es un mapa... León chorreando, África inundada..., una verdadera catástrofe.

MORENO. Es verdad... el mapa de una catástrofe.

ESTER. ¿Y D. Lorenzo?

RUBIO. ¿D. Lorenzo?...

MORENO. Bien, bien... (Le da con el codo.)

ÁFRICA. ¿Y Candidita?

RUBIO. ¿Candidita?

MORENO. Bien, bien.

PÍO. ¿Andan por aquí?

RUBIO. Creo que sí, señor.

MORENO. Sí, suelen andar por aquí. (Le da con el codo.) Ahora están de paseo.

ÁFRICA. } ¿Cómo?
ESTER. }

PÍO. ¿Con lo que llueve?

MORENO. Sí... de... paseo... por la casa, sí, por la casa... Esta casa es muy grande... sí. Es muy grande esta casa... (Rubio no puede sujetar la risa. Pío, África, Ester y León tosen á una.) ¡Se han constipado ustedes!

ÁFRICA. Con esta ducha...

ESTER. Figúrese usted...

PÍO. Debéis quitaros esa ropa.

MORENO. Sí, deben ustedes desnudarse.
ÁFRICA. ¿Y qué nos ponemos?
MORENO. Por nosotros, nada; aquí somos de confianza.
PÍO. ¡Señor mío!
MORENO. No me ha entendido usted. He querido decir que se pongan cualquier cosa... Estos guardapolvos...
ÁFRICA. No es mala idea. (Coge uno.)
ESTER. No está mal. (Coge otro.)
PÍO. Sí, porque si no vais á coger algo.
ÁFRICA. ¿Y dónde nos desnudamos?
MORENO. En cualquier parte.
PÍO. En una casa tan grande no faltarán habitaciones.
MORENO. ¡Qué van á faltar!
PÍO. Pues andando. Yo también me mudaré de cazadora. (Coge la de Moreno. Van hacia la puerta.)
RUBIO. Pero ¿adónde van ustedes?
PÍO. A cualquier habitación...
RUBIO. Es que...
MORENO. Sabe usted... es que... como... la... casa... eso es... la casa es tan grande... pues una habitación está aquí... y la otra... allá.
PÍO. ¿Allá?
MORENO. Sí... vamos... muy lejos... Pueden ustedes desnudarse aquí.
PÍO. ¿Aquí?
MORENO. Sí, en cualquier parte... Detrás de ese biombo.
ÁFRICA. Pero ¿y ustedes?
MORENO. Por nosotros no se preocupe usted.
RUBIO. Sí, nosotros... ya veremos.
PÍO. ¡Caballero!
RUBIO. Digo, que ya veremos donde nos ponemos. Allá, en aquel rincón. Somos chicos formales.
PÍO. ¡Jé, jé! Ya lo sé, ya lo sé; vamos, niñas. (Mutis por el biombo.)
ESTER. Ven tú también, León. Le pondremos esta americana. (Coge la de Rubio. Mutis por el biombo.)

ÁFRICA. ¡Ay, por Dios, no mirarán ustedes! (Mutis ídem.)

RUBIO. ¡Señorita!

MORENO. (Bajo á Rubio.) No hace falta... con la lluvia parecen mayores las cordilleras de África. (Por las caderas y el pecho.)

RUBIO. (Coge á Moreno de un brazo y lo lleva al otro lado de la escena. Con misterio.) ¿Te has propuesto que nos rompan hoy la cabeza?

MORENO. ¿Yo?

RUBIO. ¿Pues á qué viene todo esto?

MORENO. ¿Qué querías que hiciésemos?

RUBIO. Decir la verdad. Que no sabemos siquiera si es esta la casa de D. Lorenzo.

MORENO. ¡Qué atrocidad! Después de vernos aquí en mangas de camisa... ¿Qué pensarían de nosotros? Además, estoy seguro que aquí vive D. Lorenzo. Ya ves cómo ellos también venían aquí.

RUBIO. Pero ¿dónde están esos señores?

MORENO. ¡Yo que sé!... ¡Calla!

ESTER. (Gritando.) ¡Ay! (Detrás del biombo.)

MORENO. ¿Qué pasa?

ESTER. Nada, nada. Hagan ustedes el favor de dar un golpe en la pared.

RUBIO. ¿En la pared?

MORENO. ¿Para qué?

ESTER. Para saber dónde están ustedes.

RUBIO. Qué maliciosas. (Dando en la pared.)

MORENO. ¿Así?

ESTER. Sí, gracias.

PÍO. (Detrás del biombo.) ¡No saben ustedes como están estas chicas por dentro!

MORENO. No señor.

RUBIO. ¿Cómo?

ÁFRICA. Yo tengo las medias caladas.

ESTER. Yo toda la ropa interior.

MORENO. ¡Qué lujo!

ÁFRICA. No sea usted chistoso.

PÍO. (Sale con la americana de Moreno que le está muy chica, y en calcetines y con las botas en la mano.) ¡Ajajá! Esto es otra cosa. (Pone las botas al *pie* de la ventana.)

ÁFRICA. (Sale con el guardapolvo que le arrastra.) ¡Yo estaba chorreandito!

ESTER. (Sale igual que Africa.) Yo hecha un trapo.

(León sale con la americana de Rubio que le está muy grande, en calcetines y con las botas en la mano; las pone al lado de las de D. Pío. Quedan todos en fila sin notarlo y ofrecen un conjunto de los más ridículos.)

MORENO. RUBIO. } ¡Já, já, já, já!

ÁFRICA. La verdad, que estáis hechos unas fachas.

ESTER. Pues ¿y tú?

(Todos rien.)

PÍO. Estamos de rigurosa etiqueta.

MORENO. (Señalando la fila de botas.) ¡Como esperan ustedes á los reyes!

PÍO. ¡No me miente usted el régimen!

MORENO. (Que ha mirado por la puerta.) ¡Silencio!

TODOS. ¿Qué pasa?

MORENO. ¡Oigo ruido! (Escucha azorado. Rubio sale corriendo y se esconde detrás del biombo.)

LORENZO. (Dentro.) ¡Ahora vamos á la sala!

MORENO. (Da un suspiro enorme.) ¡¡Ah!! ¡Respiro!

TODOS. ¿Pero qué pasa?

MORENO. (Jovial.) Nada, D. Lorenzo que viene.

RUBIO. (Saliendo envuelto en ropas de África y Ester.) ¿Don Lorenzo?

MORENO. Sí... recibámosle como merece... Hagamos un cuadro vivo.

TODOS. (Riendo.) ¡Eso, eso!

PÍO. ¿Un cuadro vivo?

MORENO. Sí, señor.. ande usted... vivo.

PÍO. ¿Vivo?

TODOS. Vivo.... vivo. (Animación y un cuadro ridículo. Se deja al ingenio de los actores.)

MORENO. ¡Jem!.. ¡Chist!.. ¡¡Viva D. Lorenzooo!!

TODOS. ¡¡¡Vivaaa!!!

(Aparecen Lorenzo, Feliciana, Candidita, Viuda, Lisardo y Piedad, que se quedan asustados en la puerta.)

ESCENA VIII

DICHOS, LORENZO, FELICIANA, CANDIDITA, VIUDA, LISARDO y PIEDAD.

LORENZO. ¡Já, já, já, já... graciosísimo!
VIUDA. ¡Qué fachas!
FELICIANA. ¿Pero qué significan esas ropas?
PÍO. ¡El viaje!..
CANDIDITA. ¿Han chocado ustedes?
ÁFRICA. ¡Hija, no creas que veníamos vestidas así!
MORENO. Venían peor.
CANDIDITA. (Aparte.) ¡Cómo han puesto la sala!
ESTER. ¡Felicidades, D. Lorenzo!
MORENO. ¡Felicidades, D. Lorenzo!
ÁFRICA. ¡Felicidades, D. Lorenzo!
RUBIO. ¡Felicidades, D. Lorenzo!
(Cada uno con un saludo ridículo.)
LORENZO. ¡Gracias, gracias! Están ustedes graciosísimos.
VIUDA. Ha sido una gran idea.
FELICIANA. ¡Han tomado mi casa por el circo de Parish! (Aparte.)
LORENZO. ¡Qué bien! ¡Todos ustedes por aquí!
MORENO. No podíamos faltar en día tan señalado. (Forman grupos.)
PÍO. Yo... aunque considero que Lorenzo no ha hecho nada notable para que le señalen un día al año con su nombre...
LORENZO. ¡Figúrese usted! Yo soy un infeliz, pero agradezco que se acuerden de mí.
PÍO. No es á usted á quien me refiero, sino á su patrón... el de la parrilla.
LORENZO. ¡Ah! ¿A San Lorenzo? Hombre, yo creo que...
PÍO. Sí, á... Lorenzo... Ya conoce usted mis ideas...
FELICIANA. Y usted las nuestras, D. Pío; debe usted respetarlas.
PÍO. ¡Yo, señora!..
VIUDA. ¡Habrá que ver el calendario de sus correligionarios de usted!

MORENO. ¡San Prim, San Pi y Margall, San Castelar y San Salmerón!
(Todos ríen.)

PÍO. No echen ustedes á chacota... El chiste no es oportuno en las cuestiones transcendentales.

RUBIO. (Aparte á África.) Su padre de usted es tremendo.

ÁFRICA. (Idem.) Cuando jugamos al tute en casa, no nos deja cantar.

RUBIO. Claro, para que no le distraigan.

ÁFRICA. No; es que dice que no quiere contar con los reyes para nada.

LORENZO. Pasaremos el gran día juntos.

FELICIANA. ¿Pero cómo han venido tan tarde?

PÍO. Los trenes... (Se le abre la boca.)

ÁFRICA. Cinco horas de retraso. (Se la abre la bosa.)

VIUDA. ¿También ustedes?

LORENZO. ¿Cómo habrá sido eso?

CANDIDITA. Las máquinas...

FELICIANA. Habrá faltado el agua...

ÁFRICA.
ESTER. ¿El agua?

PÍO. No me nombre usted el agua, doña Feliciana.

MORENO. Agua han tenido... de sobra.

LORENZO. ¿Sin duda la tormenta?

ÁFRICA. ¡Un horror, D. Lorenzo!

PÍO. ¡Cosas de *arriba!* No saben cómo molestar.

FELICIANA. (A Viuda.) ¡Este D. Pío cree que no tienen que hacer otra cosa en el Cielo más que molestarle!

ÁFRICA.
ESTER.
PÍO.
LEÓN. ¡Aaaaa! (Bostezando.)

MORENO. ¿Qué les pasa á ustedes?

ÁFRICA. Nada.

PÍO. Como salimos esta mañana tan temprano...

FELICIANA. (Se lleva aparte á D. Lorenzo.) ¡Lorenzo!

LORENZO. ¿Feliciana?

FELICIANA. Que no les digas si quieren almorzar.

LORENZO. ¡Mujer!

FELICIANA. Ya no se sirve otra mesa hasta la hora de cenar. ¡Ni que esto fuera una fonda!

ÁFRICA.
ESTER.
PÍO.
LEÓN. } ¡Aaaaa! (Bostezando.)

LORENZO. ¡Eres implacable, Feliciana!

FELICIANA. La que es implacable es el hambre de esta gente. ¡Se han comido hasta los bizcochos del desayuno!

MORENO. (A África y Ester.) ¿Hace gazucilla, eh?

ÁFRICA. ¡Calle usted, por Dios; yo me caigo!

ESTER. ¡Y esta gente no se anima á invitarnos!

MORENO. Verá usted cómo lo arreglo. ¡Doña Feliciana, tienen ustedes una casa muy hermosa!

CANDIDITA. Sí que es mona.

MORENO. ¿El comedor está aquí ó en el piso de arriba?

LORENZO. (Aparte á Feliciana.) ¿Oyes, Feliciana, qué indirecta?

FELICIANA. (Idem.) ¿Eso indirecta? ¡Qué llamarás tú directo!

VIUDA. Está arriba.

PIEDAD. Es muy hermoso. (León desaparece.)

LISARDO. Sí, es un gran comedor. (D. Pío se pone las botas.)

ÁFRICA. ¡Ah! ¿Ustedes han estado ya en el comedor?

VIUDA. Sí, lo hemos visto todo.

ESTER. (Aparte.) Y se lo habrán comido todo, conozco el paño.

(Los Revuelto bostezan otra vez.)

MORENO. Estos *pegotes* son unos hambrones.

FELICIANA. Lo más bonito es el jardín. Vamos á verlo.

LORENZO. (Aparte.) Para jardines están estos. Se comerán un macizo.

ÁFRICA.
ESTER.
PÍO. } ¡Aaaaa! (Bostezando.)

LORENZO. (Súbitamente.) ¡Vamos, vamos al jardín! (Aparte.) Así se distraerán.

MORENO. Tendrán ustedes que comer flores. (A África y Ester.)

RUBIO. ¿Y León?

FELICIANA. Estará jugando por ahí fuera.

VIUDA. Vamos, nosotros también jugaremos. ¡Tengo unas ganas de correr! (Se levanta briosa.)

ÁFRICA. (Con pereza.) ¡Como tiene llena la andorga!

LISARDO. (A Feliciana.) ¿Quiere usted mi brazo? (Mutis.)

LORENZO. (Ofrece el suyo á la viuda.) ¿Vamos, señora? (Mutis.)

ÁFRICA. ¡A mí me va á dar algo!

MORENO. ¿Quién? ¡Eso quisiera usted! (Mutis los dos.)

ESTER. (Cogiéndose á D. Pío.) Vamos, papá. Se me doblan las piernas.

RUBIO. Esta gente es muy desconsiderada.

PÍO. Presumen de cristianos y no cumplen las obras de misericordia.

ESTER. ¡Aaaa! (Bosteza.)

PÍO. ¡Aaaa! (Idem. Mutis los tres. Pausa. La escena sola un momento.)

ESCENA IX

LEÓN solo. Luego ÁFRICA, MORENO, ESTER y RUBIO.

(León entra agarrado á un panecillo francés, se sienta en el quicio de la ventana y se enreda á mordiscos con él. Gestos los que quiera, palabras ninguna. Pausa grande. Se pone las botas y sigue comiendo pan.)

ÁFRICA. (Entrando del brazo de Moreno.) ¡No puedo más! Si doy un paso más, me caigo. (Se sienta.)

MORENO. ¡Pero esta gente se va á morir de hambre!

ESTER. (Entra del brazo de Rubio.) ¡Se me va la cabeza!

RUBIO. Siéntese á ver si se le pasa. ¿Quiere usted un poco de agua?

MORENO. ¡Caldo es lo que necesitan!

ESTER. ¡Ay, no me haga usted reir! (Se deja caer en un sillón.)

RUBIO. Yo no veo...

ÁFRICA. Ni yo...

RUBIO. Digo que no veo el por qué de este ayuno.

MORENO. ¡La fiesta del día!
RUBIO. Los Arnetes siempre han sido rumbosos.
ÁFRICA. Pues se conoce que al salir de Madrid perdieron el rumbo.
MORENO. (Viendo á León.) ¡Calle!
ÁFRICA.
RUBIO. ¿Eh?
ESTER.
MORENO. Miren ustedes. (Se le señala.)
ÁFRICA.
RUBIO. ¡Ah!
ESTER.
RUBIO. ¡Y decían ustedes que se iba á perder!
ÁFRICA. ¡León! ¿De dónde has cogido eso?
MORENO. Déjese usted de procedencias. Lo que hace falta es que las convide á ustedes.
ESTER. Si se lo pedimos nosotras no nos lo da. León es muy terco.
ÁFRICA. Sí, ha salido á papá. Todos los Revueltos han sido igual.
ESTER. Pídaselo usted, Rubio.
RUBIO. ¿Quién, yo? ¡Cualquiera pide la comida á un León Revuelto!
MORENO. Déjate de pamplinas. ¡León, Leoncito!
RUBIO. ¡Leoncillo!
MORENO. ¡Toma, León!
RUBIO. ¡Dame, León!
ÁFRICA. Se va á enfadar. Parece que llaman ustedes al perro.
ESTER. ¡León, rico, dame un poco de pan!
(León hace con la cabeza signo negativo.)
ÁFRICA. ¿Lo ven ustedes? ¡Revuelto!
MORENO. Sí, sacude la melena. Mal signo.
RUBIO. (Se da una palmada en la frente.) ¡Ah! ¡Qué idea!
ÁFRICA.
MORENO. ¿Cuál?
ESTER.
RUBIO. Que nos enseñe dónde lo ha cogido.
ESTER. ¡Es verdad!
ÁFRICA. León, ¿de dónde has cogido el pan?
MORENO. ¡Llévanos, rico!
(León se levanta y les hace signos con el panecillo de que le sigan.)

RUBIO. ¡Esto marcha!
MORENO. ¡Andando!
(León sigue llamándolos con el panecillo. Va hacia la puerta. Todos le siguen como fascinados.)
ÁFRICA. ¡Lo que hace el hambre!
RUBIO. ¡Busca, León, busca!
(Mutis todos en actitud muy cómica.)

ESCENA X

LISARDO solo.

LISARDO. (Patético.) ¡Feliciana! ¡Mujer cruel! ¡Ah, esta pasión mía me llevará muy lejos! (Pausa.) ¡Qué momento, cielos!.. Nos encontrábamos solos en el cenador. Yo aproveché la ocasión y la recité mi última «*lamentación*» compuesta para ella... y al llegar á los últimos versos, cuando dije:
(Recita.) ¡Ay Feliciana!
¡Cuándo entraré en tu alcoba
Por la ventana,
Como la luz primera
De la mañana!
¡Qué cara puso! «Ni como la luz ni como la sombra» me dijo fulminante. «Es usted un idiota, Lisardo.» ¡Ay Feliciana! ¿Yo idiota? la pregunté poniéndome de rodillas ante ella. «¡Ay Feliciana!», dije otra vez y quise cogerla una mano. Entonces me dió una tremenda bofetada y huyó sin hacer caso de mi dolor, ni de los *ayes* de mi... pasión (Se apoya en las rejas de la ventana.) ¡Ah, mi pasión me llevará muy lejos! (Pausa.) ¡Qué idea! Aquel es el automóvil de Antonio Rubio... nada más á propósito para una pasión que nos lleva lejos, que un automóvil... Yo sabía conducirlos cuando estudiaba para mecánico. Probaré, y si me acuerdo, la rapto. (Va á salir.)

ESCENA XI

DICHO, LORENZO, CANDIDITA, FELICIANA, VIUDA y PIEDAD; luego DON PÍO. Obscurece.

LORENZO. ¿Dónde se va, pollo?

VIUDA. ¿Dónde vas, hijo?

LISARDO. Iba á ver si recordaba algo de guiar en ese automóvil.

CANDIDITA. ¿Pero usted entiende esos chismes?

VIUDA. Sí, aprendió; su padre quería dedicarlo á mecánico.

LORENZO. Pero ahora está anocheciendo, tenga usted cuidado.

FELICIANA. (Desabrida.) Déjenle ustedes que le dé el aire. Lisardo es muy ardoroso.

LISARDO. ¡Ah, señora!

VIUDA. Ve, pero vuelve en seguida.

LISARDO. Sólo quiero ver si me acuerdo de guiarlo. (Medio mutis. A Feliciana: tétrico.) ¡Esta pasión me llevará muy lejos! (Mutis.)

PIEDAD. Vamos á ver cómo marcha. (Se acerca á la ventana)

CANDIDITA. Si estos chicos son un estuche. (Idem.)

FELICIANA. Sí, hacen de todo. (Con retintín. Idem.)

(Todos en la ventana. Suena la bocina.)

LORENZO. ¿Qué tal?

LISARDO. (Dentro.) Perfectamente, todo lo recuerdo. (Suena la bocina) Hasta luego, daré una vuelta.

PIEDAD. ¡Que vengas pronto!

(Va sonando la bocina. Se retiran de la ventana. Pausa. Lorenzo se pasea *encantado* restregándose las manos. Piedad agobia á Candidita con caricias, y ésta contesta con gruñidos La Viuda y Feliciana hacen igual juego.)

LORENZO. ¡Cuánto agradezco el día que estamos pasando! (Jovial.) No creí yo pasarlo este año tan bien como los de Madrid.

VIUDA. Eso pensamos todos. ¿Cómo va á pasar D. Lorenzo su santo sin nosotros? Y aquí vinimos.

PIEDAD. ¡Lástima del retraso tan enorme de los trenes!

VIUDA. Es verdad. Apenas llegados, tenemos que pensar en marcharnos.

LORENZO. ¡Ah! Pero cenar, queda decidido que cenaremos todos juntos. (A Feliciana con miedo.) Cenar, sí; ¿verdad, Feliciana?

PIEDAD. Pero en el primer tren de la noche nos vamos.

FELICIANA. Veremos qué horas nos dice D. Pío; él ha ido á preguntarlo á los coches.

LORENZO. ¡Ajajá! Así da gusto pasar las fiestas, familiarmente, rodeado de buenos amigos. Aseguro á ustedes que si no vienen hu biera acabado hoy malo.

FELICIANA. Seguramente, este hombre no sabe estar más que rodeado de gente.

VIUDA. ¡Qué D. Lorenzo!

PIEDAD. Aquí está D. Pío.

CANDIDITA. ¡Veamos si nos trae la libertad! (Aparte.)

PÍO. (Entra consternado) ¡Qué horror, señores!

TODOS. ¿Qué pasa?

PÍO. ¡Una catástrofe!

TODOS. ¿Cómo?

PÍO. A la salida de Ávila, dicen que ha habido un hundimiento, sin duda debido á la tormenta... ¡Ya ven ustedes qué cosas manda el Cielo!

FELICIANA. ¡Y dale con el Cielo!

VIUDA. ¡Siga usted, hombre de Dios!

PÍO. No me hable usted de Dios, señora de Pegote.

CANDIDITA. ¿Quiere usted acabar de una vez?

PÍO. Ya conocen ustedes mis ideas...

LORENZO. Sí, señor, sí; siga.

PÍO. Pues decía que se ha despeñado un tren de mercancías.

LORENZO. ¿Ha habido víctimas?

PÍO. Humanas, ninguna.

TODOS. ¡Ah!

PÍO. Pero... ¿y la industria y el comercio? Además, está interrumpida la línea.

CANDIDITA. ¡No pueden ustedes marcharse!

PÍO. Dicen que hasta mañana no pasarán trenes por aquí.

FELICIANA. ¡¡Horror!!

TODOS. ¿Cómo?

LORENZO. ¡Feliciana!

FELICIANA. Sí, es un horror... lo que va á perder la industria y el comercio con eso.

TODOS. ¡Ah!

LORENZO. Por lo demás, no hay que apurarse. En esta casa hay sitio para todos.

PÍO. ¡Oh, gracias; nos iremos á una fonda!

LORENZO. ¡Ni soñarlo! ¡En día de San Lorenzo! No habrá ni un rincón libre.

FELICIANA. (A Candidita.) ¿Pero oyes á tu padre? ¡Hay para matarlo!

CANDIDITA. Pero papá. Si no tenemos más que una cama desocupada.

LORENZO. ¿Y eso qué importa? Los demás dormirán en el suelo. Les pondremos aquí unos colchones.

VIUDA. ¡Ay qué D. Lorenzo éste!

LORENZO. Sí, señora; lo necesario en estos casos es alegría. Feliciana, hija, da luz, estamos casi á obscuras. (Feliciana enciende.) Eso es, mucha luz y mucha alegría. Ahora á cenar agradablemente, y luego á dormir de cualquier modo y ¡viva San Lorenzo!

VIUDA.
PIEDAD. } ¡¡Viva!!

PÍO. Á mí, me permitirán ustedes que me calle... ya conocen ustedes mis ideas.

FELICIANA. ¿Pero dónde están los demás chicos?

VIUDA. Eso iba yo á preguntar ahora.

LORENZO. Anda, Candidita, búscalos, porque vamos á cenar.

PÍO. ¡Á cenar! (Aparte.) ¡Gracias al diablo!

(Se oye un enorme estrépito.)

PÍO. ¿Eh?

LORENZO. ¿Qué es eso?

CANDIDITA. ¡Ay!

FELICIANA. Es en la cocina.

(Se oyen risas, carreras, ruidos y gritos, y aparecen Moreno, Rubio, África, Ester y León. Vienen con delantales de cocina, sartenes, un pollo cogido de una pata, un manojo de cebolletas, las tenazas de la cocina, el sopli-

llo, etc. Cada cual traerá lo que le parezca más cómico en la mano, de modo que resulte una buena situación. Algunas caras tiznadas de negro.)

ESCENA XII

DICHOS y todos los enumerados anteriormente.

CANDIDITA. ¡Cielos!
PÍO. ¡Niñas!
FELICIANA. ¿Qué es ésto?
PÍO. ¿De dónde vienen ustedes así?
MORENO. ¡De la cocina!
FELICIANA. (Estallando.) ¿Y qué hacían ustedes en la cocina? ¡Eso es un atrevimiento!
(Silencio de muerte.)
LORENZO. ¡Feliciana, vas á regañar á los muchachos! (Á ellos.) No hagáis caso. Vamos, ¿qué hacíais en la cocina?
MORENO. Verá usted. Estas muchachas tenían hambre, y como no se les ocurrió á ustedes... pues fuimos á preparar nosotros el almuerzo.
LORENZO. ¿Lo ves, Feliciana? La culpa ha sido tuya. Por no darles de almorzar. ¡Ea! Ya pasó todo. Un accidente, y muy gracioso por cierto. Ahora cenaremos riendo la ocurrencia.
ÁFRICA. Es que...
ESTER. Si...
RUBIO. ¡Jeh!... (Carraspea.)
MORENO. Se nos ha vertido el caldero del arroz.
FELICIANA. ¡Ay mi paella!
PÍO. ¡Adiós cena! Niños, han sido ustedes muy atrevidos.
LORENZO. Vamos, no demos importancia á tan poca cosa; se manda en un vuelo al Hotel Victoria por un par de platos... y terminado el conflicto.
MORENO. Eso es, D. Lorenzo es un sabio.
RUBIO. Nosotros mismos lo traeremos á escape en mi automóvil.
LORENZO. ¡Eso!

MORENO. RUBIO. } ¡Vamos! (Medio mutis.)

CANDIDITA. ¡Ah!

MORENO. RUBIO. } ¿Eh? (Se vuelven.)

VIUDA. Si...

MORENO. RUBIO. } ¿Qué?

LORENZO. ¡Pues es verdad!

PIEDAD. Que mi hermano se ha llevado su automóvil de usted y aún no ha vuelto.

RUBIO. ¿Cómo?

VIUDA. Sí, fué á ver si recordaba aún guiarlo.

RUBIO. ¡Pero si es imposible!

TODOS MENOS MORENO. } ¿Cómo?

MORENO. Que el automóvil de éste no podía echar á andar.

TODOS. ¿Por qué?

LORENZO. Pues bien de prisa iba.

MORENO. RUBIO. } (Se miran asombrados.) ¡Imposible!

TODOS. ¿Por qué?

RUBIO. Porque yo quito siempre que me bajo una pieza al motor, sin la que no puede andar. Como no llevo chauffeur, para que no hurguen los chicos...

CANDIDITA. Pues se le habrá olvidado á usted quitarla.

RUBIO. No, señorita; si la tengo aquí. (Saca una tuerca del bolsillo del pantalón y la enseña á todos: al fijarse él en ella exclama espantado.) ¡¡Cielos!!

TODOS. ¿Qué?

RUBIO. ¡Que me he confundido y he quitado la del freno!

MORENO. ¡Demonio!

PÍO. ¡El freno!

LAS MUJERES. ¡Ay!

VIUDA. ¡Pobre hijo!

RUBIO. Imposible que pare hasta que se acabe la gasolina.

VIUDA. ¡¡Hijo mío, dónde estará á estas horas!!

¡Ay, ay! (Las mujeres se desmayan, los hombres corren, León da mordiscos al pollo que traía, todos gritan; mucha confusión en medio de la que D. Lorenzo corre exclamando.)

LORENZO. ¡Calma, señoies, calma! Ya parará.

FELICIANA. ¡Aún no escarmienta!

TELÓN



ACTO III

La misma escena del acto anterior. La ventana entornada. Las puertas cerradas. El biombo colocado de modo que divida la escena en dos; en la mitad derecha, en colchones puestos en el suelo, descansan África y Ester. La Viuda está sentada en una butaca; en la mitad izquierda, en el sofá y en las butacas, con mantas y almohadas, descansan Moreno, Rubio y D. Pío. Son las seis de la mañana.

ESCENA PRIMERA

DON PÍO sueña, la VIUDA gime, solloza y suspira afligida. Pausa regular DON PÍO habla como el que se ha quitado la dentadura postiza

PÍO. (Soñando.) Sí... compañeros... esta sociedad debe hundirse... el régimen derribarse... la iglesia ser pasto de nuestra piqueta revolucionaria... Obras, obras es lo que hace falta...

MORENO. (Levantándose.) ¡Chist, D. Pío, D. Pío!

PÍO. (Sobresaltado.) ¿Qué pasa?

MORENO. ¿Quiere usted callar? Va usted á despertar á todos.

PÍO. ¿Qué hacía?

MORENO. Por lo visto se proponía usted dejar el mundo hecho un solar.

PÍO. ¡Ah, sí señor! Eso es lo necesario... (Se da cuenta que no tiene dientes y hace al hablar gestos ridículos.) Ya conoce usted mis ideas... (Aparte.)

Pues señor, ¿dónde habré puesto mi dentadura? Son necesarias medidas enérgicas. (Aparte.) La perdería anoche con los jaleos... (Va buscando y levantando muebles.) ¡Habrá que derribarlo todo! (Tira una silla.)

MORENO. ¡Chist, no alborote! (Escuchan. La viuda suspira.) ¡Ve usted! Ha despertado á la viuda.

PÍO. ¡Pobre señora, yo creo que no ha dormido en toda la noche! (Sigue buscando.)

MORENO. ¿Habrá vuelto Lisardo?

PÍO. Nos hubieran avisado. (Por su dentadura). ¡Pues no sé dónde está!

MORENO. ¡Cualquiera lo sabe!

PÍO. ¿Eh?... ¡Ah, sí señor, cualquiera lo sabe! (Aparte.) Tendré que buscarla por toda la casa.

MORENO. Figúrese usted. El depósito estaba llenito de gasolina.

PÍO. (Por su dentadura.) ¿Dónde habrá ido á parar?

MORENO. Lo menos á San Sebastián.

PÍO. ¿Cómo? ¡Ah, sí... si no se ha estrellado! (Hace esfuerzos porque no note Moreno su falta. Aparte.) No puedo seguir así; si lo notan van á burlarse...

MORENO. Debemos procurarnos alguna noticia...

PÍO. Sí... (Aparte.) ¡Ah, qué idea! (Alto.) Ya se habrá abierto el telégrafo...

MORENO. Yo puedo ir...

PÍO. No, yo iré. (Aparte) A ver si está en el... (Alto.) Sí, usted no tiene aquí su americana y ahora hace fresco. Hasta luego. (Aparte) ¿Y á quién pregunto yo si ha visto mis dientes?

MORENO. Pregunte usted directamente á Ávila.

PÍO. ¿Á Ávila? ¡Ah sí, bien! (Mutis.)

ESCENA II

DICHOS menos DON PÍO.

MORENO. Probaré á ver si cojo el sueño... (Se tumba.) ¡Aaaa!

VIUDA. (Con voz igual á la de D. Pío.) ¡Pobre hijo mío!

(Llora, gime y suspira.) ¿En dónde se habrá dejado los sesos?... ¿En dónde habrá dejado sus narices? (Llora.) ¿En dónde habrá dejado sus dientes? (Busca.) ¿En dónde habré dejado yo los míos?... Nada, no parecen. Los perdería anoche con el susto, el desmayo... Es necesario encontrarlos antes que se levante la gente. Serían capaces de reirse de mí... ¡Ay Lisardo! Ahora que duermen todos aprovecharé. (Por Africa y Ester.) Bien pueden quedarse solas, durmiendo su padre al otro lado. (Mutis con muchas precauciones.)

ESCENA III

DICHOS menos VIUDA.

MORENO. Imposible dormir.

RUBIO. ¡Moreno!

MORENO. ¿Estabas despierto?

ÁFRICA. ¡Ester!

RUBIO. ¡Chist, calla, que está ahí la viuda! (Por la otra escena.)

ESTER. ¡Chist, calla, que está ahí papá! (Por la otra escena.)

MORENO. La viuda salió hace un momento.

ÁFRICA. Papá salió hace un rato.

TODOS. ¡Entonces!...

MORENO. Vamos á despertarlas. (Coge una almohada.)

ÁFRICA. Vamos á despertarles. (Idem.)

(Moreno tira la suya á la derecha. África la suya á la izquierda. Las almohadas se cruzan y caen juntas á un tiempo.)

TODOS. ¡¡Ay!!

RUBIO. ¿Están ustedes visibles?

ESTER. ¡Visibles!

ÁFRICA. ¡Pues fuera tabique! (Empuja el biombo por un lado.)

MORENO. ¡Fuera tabique! (Idem por el otro.)

(El biombo cae cerrado en el centro.)

RUBIO. } ¡Olé las hembras simpáticas!
MORENO. }

ÁFRICA. } ¡Olé los hombres con gracia!
ESTER.

(Empieza á tocar un pianillo el chotis del *Método Górriz.*)

RUBIO. ¡Chist!
ESTER. ¡Silencio!
ÁFRICA. ¿Oyen ustedes?
MORENO. No puede venir más á propósito.
RUBIO. ¡Buena idea!
ESTER. ¿Y si vienen?
MORENO. ¡Que vengan! ¡Ande el movimiento! (Baila con África.)

(Ester baila con Rubio. Se dicen cosas al oído.)

ESTER. ¡Já, já, já, já!
ÁFRICA. ¡Qué atrocidad!
ESTER. ¡Qué atrocidad!
ÁFRICA. ¡Já, já, já, já!
MORENO. (A Rubio.) ¡Tú! ¡Cuidado con el piropo silencioso!

(La música para en seco y todos quedan quietos.)

ESCENA IV

DICHOS y DON ALFONSO (por la ventana).

ALFONSO. (Dentro á los del organillo.) ¡Ante una casa tan seria!... ¡Márchense inmediatamente!... ¡Qué atrevimiento!
RUBIO. (Se acerca á la ventana.) Pero ¿quién es ese tío?
MORENO. (Idem.) Será un concejal.

(África y Ester se acercan á la ventana.)

ÁFRICA. ¿Y qué le importará que nos den música?
ESTER. (Asustada.) ¡Que viene hacia aquí!
MORENO. Escondámonos á ver qué quiere...
ESTER. ¡Ya está aquí!
TODOS. ¡Corramos! (Se esconden. La ventana estará bastante entornada.)
ALFONSO. (En la ventana.) ¡Candidita! Soy yo, Alfonso... ¿Por qué huye usted? ¿He cometido alguna falta que merezca su enojo?

(Con gran misterio.)

ESTER. ¡Si es el novio!
ÁFRICA. ¡Y se lo tenía tan callado! ¡Hipócrita!
RUBIO. ¡El novio... y puede ser su abuelo!

MORENO. ¡Callarse!... Vamos á darle una bromita...

ALFONSO. (En la ventana.) ¡Candidita, no sea usted cruel!... Si sé que está usted ahí... oigo perfectamente su respiración de querube... (Todos hacen esfuerzos para no soltar el *trapo.*) Acérquese usted, Candidita. Ya ve que apenas llegado, he preferido pasar por aquí á ir directamente á mi casa. ¿Premiará usted este pequeño sacrificio no dejándose ver?... ¡Candidita!

(Moreno, que se ha liado una manta á modo de falda y otra como mantón, se acerca á la ventana recatándose mucho.)

MORENO. (Imitando la voz de Candidita.) ¿Qué?

ALFONSO. ¡Ah, por fin! ¿Ve usted cómo está enfadada?... No puede usted negarlo; noto su voz preñada de durezas... Sin duda molestó á usted que mandara callar ese pianillo... Le aseguro que lo hice con buena intención. Me molestó que se parase ante casa tan seria, como si se tratara de gentecilla de poco más ó menos.

MORENO. ¡Ay! (Suspira.)

ALFONSO. Si tal es su gusto, iré á mandarlo venir... ¿Me dejará usted verla entonces?

MORENO. ¡Sí!

ALFONSO. ¡Ni un minuto tardo!... Hasta ahora... ¡Cruel! (Mutis.)

MORENO. ¡Adiós!... ¡Já, já, já, já!

RUBIO. ¡Graciosísimo!

ÁFRICA. ¡Ese tío es tonto!

ESTER. ¡Y qué viejo!

MORENO. ¡Y qué cursi!

RUBIO. Y vendrá tan ufano con su organillo...

MORENO. Le dejaremos abrir la ventana...

ESTER. Eso, eso... chasco completo.

RUBIO. ¡Qué cara va á poner!

MORENO. ¡Silencio!... Ya está ahí...

(Todos escuchan. El pianillo deja oir de nuevo el mismo chotis.)

ÁFRICA. (Con misterio.) ¿Qué hacemos?

MORENO. ¡A bailar todo el mundo!

(Empiezan á bailar como antes.)

ALFONSO. (En la ventana.) Ya está usted complacida. ¿Y ahora podré verla? (Todos sueltan la carcajada sin dejar de bailar.) ¡Eh! ¿Qué significa esto?

(Van pasando cerca de la ventana bailando.)

MORENO. ¡Alelao!

ÁFRICA. ¡Viejo verde!

RUBIO. ¡Panoli!

ESTER. ¡Pirandón!

ALFONSO. Pero ¿qué es esto? (Empuja las maderas de la ventana y queda estupefacto ante aquel cuadro. Lo que él cree una casa arreglada, está llena de colchones, almohadas y mantas por los suelos, y en medio de tal desorden un baile improvisado.)... ¡Yo creo que estoy loco!... ¡Estaré soñando!... ¡Esto no puede ser!

(Todos dejan de bailar.)

ÁFRICA. ¿Conque el novio de Candidita?

RUBIO. ¡Y con todo este misterio!

ALFONSO. ¡Señores... me darán una explicación de todo esto!

MORENO. (Fingiéndose serio) Y usted, ¿qué explicación dará de su conducta?

ÁFRICA. ¡Venir á cortejar á una muchacha apenas ha amanecido!...

ESTER. Y con un piano de manubrio...

RUBIO. Es un atrevimiento...

ALFONSO. ¿Pero qué gentes son éstas?

ESTER. ¿Y usted?

MORENO. ¡Es D Matías!...

ÁFRICA. El boticario de la *Verbena de la Paloma*...

ALFONSO. ¡Esto es una burla inicua! ¡Esto no se hace con un hombre serio como yo! ¡En qué familiota de salvajes iba á caer!... Tomaré mis medidas...

MORENO. Tómelas bien... no se equivoque.

ALFONSO ¡Insolentes! (Desaparece)

RUBIO. ¡Se ha enfadado!

ESTER. ¡Es un tonto!

ÁFRICA. ¡Eh, D. Matías!

RUBIO. ¡Adiós, D. Matías! (Gritándole)

ESTER. ¡D. Matías... buenos días!

MORENO. (Le tira algo) ¡Ahí va, D. Matías!

TODOS. ¡¡D. Matías, D. Matías!! ¡¡Já, já, já, já!!

ESCENA V

DICHOS menos DON ALFONSO; DON LORENZO aparece en la puerta. Está contrariado, y sus cumplidos son ahora ficticios, no como en los actos anteriores.

LORENZO. ¡Hola, gente joven! ¿Tan temprano y ya de bulla?

MORENO. ¡Hola D. Lorenzo!

ÁFRICA.
ESTER. } ¡Buenos días!

RUBIO. ¿Qué tal se ha descansado?

LORENZO. Bien, bien. Feliciana me ha dicho que si quieren ustedes arreglarse, suban, que ya les ha preparado todo.

RUBIO. ¡Magnífico! (Da una palmada á D. Lorenzo.)

ÁFRICA. ¡Vamos allá! (Idem un cachete en la calva.)

MORENO. ¡Jé, jé! Hasta ahora D. Lorenzo. (Idem un golpe en el abdomen.)

ESTER. ¡Adiós, D. Lorenzo! (Idem una palmadita en la cara.) (Mutis todos riendo y bromeando.)

ESCENA VI

DON LORENZO solo, luego CRIADO.

(D. Lorenzo mira consternado á su alrededor y se deja caer en un sillón, profundamente abatido.)

LORENZO. (Da un gran suspiro.) ¡Ay!... ¡¡Tiene razón Feliciana!! ¡Esta no es la casa de Lorenzo Arnete... es «La casa de todos»!... ¡Un verdadero abuso!... ¡Qué nochecita!... ¡Ay!... Mi mujer... mi mujer ya no es mi mujer... ¡Es el Fiscal del Supremo!... y tiene razón, yo soy el culpable de todo... Candidita... Candidita ya no es mi hija... es otro Fiscal... sustituto... y tiene razón... lo que ella dice: ¡Qué pensará D. Alfonso cuando venga y vea esta casa así!... Por fortuna no vendrá tan pronto y esta gente se irá dentro de hora y media... si Feliciana no los echa antes. (Por la habitación.) Es necesario arreglar ésto... ¡Si parece un

cuartel!... ¡Ay Lorenzo, Lorenzo, eres un insensato! ¡Lo que has metido en tu casa no son amigos, son el índice de la paciencia!... ¡En fin, qué remedio, á lo hecho pecho! (Quiere levantar un colchón.) ¡Venancio, Venancio! ¿Dónde estará ese bruto?

CRIADO. ¿Llamaba usted?

LORENZO. Sí, hombre; que arregles esta habitación.

CRIADO. ¡Qué atrocidad! ¿Es que han *andao* de volatines?

LORENZO. ¡A ti qué te importa! (Aparte) ¡Sólo faltaba éste!

(Empiezan á arreglar la habitación. Recogen almohadas, doblan mantas, apilan colchones, ordenan las sillas, todo entre los dos.)

CRIADO. Tiene razón doña Feliciana, esta gente no hace más que revolver.

LORENZO. ¡Y dale!

CRIADO. Ahora, cuando venía, me he encontrado á D. Pío á gatas por un pasillo, con una cerilla en la mano... No sé que se le habrá perdido; le pregunté y me contestó: (Cierra la boca.) ¡Uuuu!...

LORENZO. ¿También D. Pío?

CRIADO. ¿Cómo también?

LORENZO. Yo he visto en el jardín á la viuda en esa misma posición, y cuando la pregunté me dijo lo mismo: (Con la boca apretada.) ¡Uuuu!...

CRIADO. Creerán que hay aquí algún tesoro...

LORENZO. Yo creí que se había vuelto loca; como no ha regresado aún su hijo Lisardo...

CRIADO. ¡Y lo que tardará! Cuando se fué estaba yo en la puerta y le oí decir: ¡Esta pasión me llevará muy lejos!... Se conoce que le gusta mucho andar en el *automóvil*.

(Pausa.)

LORENZO. (Por la habitación.) ¡Ea, ya está bien! Anda á ver si están dispuestos los desayunos.

(Mutis Criado.)

LORENZO. (Mira el reloj.) ¡No veo la hora de que tome el tren esta gente!... El caso es que no se sabe aún que ha sido de Lisardo... Voy á

dar una vuelta por el pueblo á ver si se dice algo. (Al salir se tropieza con D. Pío.)

ESCENA VII

DON LORENZO y DON PÍO, luego VIUDA.

PÍO. (Habla con la boca cerrada para que D. Lorenzo no note la ausencia de dientes.) ¡Uuun!...
LORENZO. ¡Hola, D. Pío!
PÍO. ¡Uun!
LORENZO. ¿Qué?
PÍO. ¡¡Uuun!!
LORENZO. ¿Cómo dice usted?
PÍO. ¡¡Uuun!!
LORENZO. ¡Ah, sí! Me ha dicho el muchacho que ha perdido usted una cosa... ¿Pareció?
PÍO. ¡Un! ¡Un! (Hace señas afirmativas y con los dedos indica dos.)
LORENZO. ¿Ha perdido usted dos?
PÍO. (Negativo.) ¡Un! ¡Un!
LORENZO. Pero ¿qué le pasa?
PÍO. (Hace seña que no puede hablar.) ¡Un!
LORENZO. Se habrá enfriado usted esta noche.
PÍO. ¡Un! ¡Un! (Afirmativo.)
LORENZO. Yo voy en busca de noticias de Lisardo.
PÍO. ¡Un!
LORENZO. Hasta luego. (Aparte) ¡Me está poniendo nervioso!
(Al salir tropieza con la Viuda. D. Pío se sienta de espaldas á la puerta.)
VIUDA. ¡Uun, uun! (Igual que D. Pío.)
LORENZO. ¿Eh? Pero ¿qué es esto? ¡Usted también!
VIUDA. ¡Uun, uun, uun, uun! (Hace esfuerzos inútiles y está hecha un lío.)
LORENZO. ¿Qué le ha pasado á esta gente?
VIUDA. ¡Uun, uun!
LORENZO. ¡Ah, sí, señora! (Aparte.) Me voy, acabarán por volverme loco. (Alto.) Ahí se quedan ustedes á ver si se entienden.
VIUDA. ¿Uun, uun?
LORENZO. Sí, sí; queden ustedes con Dios. (Mutis.)

ESCENA VIII

La VIUDA y DON PÍO.

(La Viuda se sienta al otro lado de la escena frente á D. Pío.)

PÍO. (Aparte. Con voz muy rara.) Estoy peor que antes... en vez de una... he encontrado... dos... iguales... y no sé cuál es la mía... ¡¡Cualquiera sé las prueba!!

VIUDA. (Idem, íd.) Por lo visto, D. Pío no tiene gana de conversación... Me alegro... porque yo no iba á contestarle...

PÍO. (Idem, íd.) ¿A quién le pregunto yo si ha perdido sus...

VIUDA. (Idem, íd.) ¿A quién le pregunto yo si ha encontrado mis...

PÍO. (Idem, íd.) Esta señora dirá que soy un grosero; probaré á saludarla sin hablar... (Se levanta.)

VIUDA. (Idem, íd. íd.) ¡Ay qué apuro, que viene!

(Pío la hace un saludo hasta los pies sin decir una palabra. La Viuda le contesta igualmente.)

PÍO. (Aparte.) ¡Por lo visto no tiene humor de charla!¡ Claro... con su desgracia!

VIUDA. (Aparte.) Lo dicho, no tiene gana de conversación... ¡Menos mal! (Pausa. A la Viuda se la cae el abanico. Pío corre á devolvérselo. La Viuda va á darle las gracias y solo dice.) ¡Uuuun!

PÍO. ¿Uun, uun? (Haciendo reverencias.)

VIUDA. ¡Uun, uuun! (Idem íd.)

PÍO. ¿Uun? (Asombrado.)

VIUDA. ¿Uun? (Idem.)

(Se separan amoscados.)

PÍO. (Aparte.) ¡Esta señora es una insolente, me está haciendo burla!

VIUDA. (Idem.) ¡Este tío es un grosero! Se está burlando de mí.

PÍO. (Alto.) ¿Un?

VIUDA. (Idem.) ¿Uun?

PÍO. (Descompuesto.) ¡Uuuuuuun!...

VIUDA. (Idem.) ¡Uuuuuun!...

PÍO. (Hecho una furia.) ¡¡¡Uuuuuuuun!!!
VIUDA. (Idem íd.) ¡¡¡Uuuuuuun!!!...
(Arman un escándalo en esa jerga.)
PÍO. (Se da una palmada en la frente.) ¡Ah, usted! (La señala.)
VIUDA. ¿Un?
PÍO. (La señala la boca.) ¿Un?
VIUDA. (Hace gestos afirmativos, ruborizándose.) ¡Sí!
PÍO. (Se señala á sí propio.) ¡Un, un! (Hace seña de dos con los dedos.) ¡Un, un, un! (Se da en un bolsillo.)
VIUDA. (Asombrada.) ¡¡Ah!!
(Se oyen venir á los demás y se ponen ambos el dedo en los labios recomendándose silencio.)

ESCENA IX

DICHOS, PIEDAD, CANDIDITA, FELICIANA, ÁFRICA, ESTER, MORENO y RUBIO. Todos menos CANDIDITA y FELICIANA, vienen preparados para marcharse.

PIEDAD. ¡Mamá, mamá!
ÁFRICA. ¡Buenas noticias!
CANDIDITA. ¡Un telegrama!
FELICIANA. Su Lisardo se ha salvado, señora.
VIUDA. ¡Ah! (Va á hablar y D. Pío la tira de un brazo y hace señas de que calle.) ¡Ah! (Enmudece.)
CANDIDITA. ¿Qué pasa?
PÍO. (Con el dedo en los labios.) ¡Chist!
VIUDA. (Idem.) ¡Chist!
FELICIANA. ¡Pero señora!
MORENO. ¡Se han vuelto locos!
(D. Pío y la Viuda hacen señas negativas.)
PIEDAD. (Asustada.) ¡Ay, mamá, mamá!
ÁFRICA.
ESTER. } ¿Papá, qué te pasa?
(D. Pío y la Viuda van haciendo mutis, indicando por señas que esperen y guarden silencio. Todos quieren seguirlos y ellos hacen señas de que no, que los esperen allí. Todo esto muy cómicamente.)

ESCENA X

PIEDAD, CANDIDITA, FELICIANA, ÁFRICA, ESTER, MORENO y RUBIO.

FELICIANA. ¿Qué les pasará?
ÁFRICA. Nada malo, porque hablarían.
PIEDAD. Pues mamá lleva una cara... muy rara.
MORENO. La de siempre.
CANDIDITA. Ya se explicarán cuando vuelvan. Han dicho que esperemos. (Forman grupos.)
MORENO. Bueno, Candidita; ahora es necesario que nos explique usted...
ESTER. ¡Eso, eso!...
ÁFRICA. Conque... ¿tanto misterio con los amigos?
CANDIDITA. Si ya les he dicho que no hay nada...
RUBIO. Doña Feliciana... ¿Hay ó no hay?
FELICIANA. Yo creo que sí...
ÁFRICA. ¡Ah!
MORENO. ¡Bravo!
ESTER. ¡Es un buen mozo!
CANDIDITA. ¡Por Dios!
FELICIANA. Pero ¿cómo se han enterado ustedes?
ESTER. MORENO. RUBIO. ¡Jén, jén! (Carraspean.)
ÁFRICA. ¡El nos lo ha dicho!... Digo... él se lo ha dicho á Moreno.
ESTER. RUBIO. Sí, sí... (Conteniendo la risa.)
MORENO. Justo... él me lo ha dicho.
CANDIDITA. ¿Son ustedes amigos?
ÁFRICA. RUBIO. ESTER. ¡Jén, jen! (Carraspean.)
MORENO. Sí... ya lo creo... grandes amigos... vaya, grandes amigos.
FELICIANA. Nosotros estamos muy contentos... Porque D. Alfonso...
MORENO. ¿El Rey?
FELICIANA. No, D. Alfonso... García.... su amigo de usted.

MORENO. ¿Mi amigo... D. Alfonso García?

FELICIANA. Sí... el pretendiente de Candidita...

MORENO. ¡Ah, sí!... Eso es... claro... mi amigo García... Es que nosotros le llamamos...

RUBIO. ¡Ah! ¿Se llama D. Alfonso?

MORENO. (Aparte) Ahora me explico su enfado... ¡Le hemos puesto el cuerpo de «don Matías»!...

FELICIANA. Pues sí, es un señor muy formal... y ya formado...

ÁFRICA. Sí, sí; ya, ya...

ESTER. Se le ve, se le ve...

CANDIDITA. ¿Ustedes también le conocen?

ÁFRICA. Si...

ESTER. No...

FELICIANA. ¿En qué quedamos?

ESTER. Le vimos antes... cuando vino.

CANDIDITA. ¿Que ha venido?

ESTER. ¡Vaya, ha estado aquí!

CANDIDITA. }
FELICIANA. } ¡¡Aquí'! (Espantadas).

MORENO. (A Rubio.) ¡Tableau!

RUBIO. (Á Moreno.) ¡Esterilla se coló!

ESTER. Venía á hablar con Candidita... y... habló con Moreno. (Conteniendo la risa.)

(Candidita y Feliciana se miran espantadas.)

CRIADO. ¿Está D. Lorenzo?

FELICIANA. No. ¿Qué quieres?

CRIADO. Esta carta de parte de D. Alfonso García...

(África, Moreno, Ester y Rubio se miran cómicamente.)

CANDIDITA. (Ruborosa.) ¡Será para mí!

CRIADO. No, señorita, ha dicho que para D. Lorenzo.

FELICIANA. Mira á ver si está en el jardín...

(Mutis criado.)

CANDIDITA. ¿Qué será?

FELICIANA. ¿No dicen ustedes que estuvo aquí?

ÁFRICA. }
ESTER. } ¿Aquí? (Azoradas.)

FELICIANA. Eso dijeron.

MORENO. Sí estuvo... pero se marchó.

CANDIDITA. ¿Le pasaría algo?

MORENO. ¡Ca!... ¿Verdad que se iba bueno?

ÁFRICA.
ESTER. Sí, sí... ¡Bueno iba, bueno!

FELICIANA. (Aparte.) ¡Algo pasa aquí! Dios quiera...

LORENZO. (Dentro.) ¡Vengan ustedes, es necesario que expliquemos ésto!

FELICIANA. ¿Qué le pasa á tu padre?

MORENO. (Á Rubio, Ester y Africa.) ¡Ya están ahí las medidas de D. Matías!

ESCENA XI

DICHOS, DON LORENZO, DON PÍO y VIUDA. (DON PÍO preparado para marchar.)

LORENZO. (Entra hecho una tromba y se para en medio de la escena mirando fulminante á todos lados. Trae una carta en la mano, que al fin da á Feliciana, diciéndola tétrico:) ¡Toma y lee!

FELICIANA. (Empieza á leer. Se va poniendo furiosa y de cuando en cuando mira fulminante á Moreno, Rubio, África y Ester; éstos se van poniendo uno detrás de otro en fila, y á cada mirada de Feliciana se cambian el primero por el último, etc. Acabando de leer.) ¡Esto es una infamia!

LORENZO. Ese es el nombre. Hay que enterarse quiénes han sido.

FELICIANA. (Revertando.) ¡Está claro! ¡Han sido esos señoritos! (Por Moreno, Rubio, África y Ester.)

VIUDA. Pero ¿qué pasa?

PÍO. ¿Nos explicarán?...

LORENZO. ¿Por fin hablan ustedes?

FELICIANA. ¡Yo también voy á hablar... y á mi gusto!

LORENZO. ¡Feliciana, cuidado con los adjetivos!

FELICIANA. ¡Qué adjetivos ni qué rábanos!

CANDIDITA. ¡Pero mamá! ¿Qué sucede?

FELICIANA. Sucede... ¡Que esta gente es una cuadrilla de golfos!...

(Todos á una.)

LORENZO. ¡Feliciana!..

RUBIO.
MORENO. ¡Señora!...

PÍO. ¿Qué significa esto?

ÁFRICA.
ESTER. ¡Papá!...

FELICIANA. ¡Sí, señor... una cuadrilla de golfos... que va á salir de esta casa inmediatamente!... (Moreno y Rubio van decididos á la puerta. Feliciana los detiene.)... ¡Pero no sin antes oirme cuatro palabritas!...

CANDIDITA. ¡Mamá, por Dios!

LORENZO. ¡Feliciana, Feliciana! ¡Los adjetivos!

PÍO. Señora, esas palabras...

VIUDA. Cálmese, vecina, cálmese...

FELICIANA. ¿Que me calme? ¡Pero usted sabe!... Y usted, D. Pío ó D. Impío, ¿sabe usted lo que han hecho sus niñas y estos dos caballeretes?...

PÍO. ¿Mis hijas?

ÁFRICA. }
ESTER. } ¿Nosotras?

FELICIANA. ¡¡Ustedes!! ¡Se han pasado la noche de... (Lee en la carta.) *Cuchipanda chulesca é inverosímil!...*

PÍO. Señora... ¿Qué frases son esas?

LORENZO. ¡Feliciana, los adjetivos!

FELICIANA. Bien claro lo dice aquí... (Señala la carta.) *Cuchipandaaaaa... chulescaaaaa... é inverosímil...* Y añade que *bailando al son de un piano de los llamados de manubrio... una danza de aproximación extremada... rodeados de objetos de dormitorio... todos inverosímiles y chulescos...*

(Las niñas lloran. Candidita abrazada á la viuda. Todos forman grupos interesantes.)

PÍO. ¿Quién se atreve á decir tales disparates?

FELICIANA. ¿Quién se atreve? (Enseñándole la carta). ¡Don Alfonso García... una dignísima persona... de quien sus hijas de usted... y estos dos sinvergüenzas... se han *mofado*... sí, señor... *mofado*... aquí lo dice... (Señala la carta.) y á quien han llenado de insultos tales como (Lee): *Viejo verde, matatías, pirondón y boticario!*

PÍO. (A sus hijas.) ¡Niñas! (A Rubio y á Moreno.) ¡Caballeros... me explicarán ustedes!

ESTER. (Sollozando.) ¡Ay...ay, papá... qué vergüenza!

ÁFRICA. (Idem.) ¡Qué creerá esta gente!

MORENO. (A Feliciana.) Señora... después de las palabras de usted...

FELICIANA. Lo que tienen ustedes que hacer es marcharse... y no volver á pisar esta casa, en la que desde que ustedes entraron no hay paz ni sosiego.

CANDIDITA. ¡Mamá!

TODOS. ¡Señora!

FELICIANA. Ni sosiego, ni paz... y la culpa de todo la tiene este calzonazos... (Por su marido.)

TODOS. ¡Señora!

LORENZO. ¡Feliciana, los adjetivos!

FELICIANA. ¡Calzonazos... y recalzonazos!... (Todos revientan de risa.) que has metido en tu casa esta caterva de salvajes... sin hacernos caso ni á tu hija ni á mí. ¡Ya ves por lo que han tomado tu casa!... ¡Aquí lo dice!... (Por la carta.) *¡¡Por un lugar de esparcimientos insociales y regocijadamente recreativos!!*

PÍO. ¡Yo necesito que se me explique!..

FELICIANA. Estos señores se lo explicarán á usted... Yo... ¡qué quiere usted que le explique!.. (Se echa á llorar en brazos de Candidita. Pausa. Sollozos y apuros por todas partes.)

PÍO. (Poniendo cátedra.) ¡Señores... yo!.. ¡Ya conocen ustedes mis ideas!.. Después de los cargos que la señora Doña Feliciana nos ha hecho... yo... creo necesaria una aclaración antes de salir de esta casa...

LORENZO. (Interrumpiéndole.) Yo creo que deben ustedes marcharse...

PÍO. ¡Señor D. Lorenzo!

RUBIO. ¿Usted se hace eco de las palabras de su señora?

MORENO. Nos dará usted una explicación...

LORENZO. (Harto.) ¡Yo no doy más explicaciones que las necesarias para que ustedes salgan de aquí inmediatamente!

RUBIO. Es que...

PÍO. ¡Nosotros!...

MORENO. ¡No podemos consentir!..

(Lisardo aparece en la puerta. Viene con toda la cabeza vendada, un brazo en cabestrillo y cojeando.)

ESCENA XII

DICHOS y LISARDO.

LISARDO. (Compungido) ¿Se puede?
PIEDAD. ¡Lisardo! (Van hacia él.)
VIUDA. ¡Hijo mío! (Van hacia él.)
RUBIO. ¡Atiza!
MORENO. ¡Se ha estrellado!
CANDIDITA. ¡Pobre Lisardo! (Va hacia él.)
VIUDA. ¡Ay... ay, cómo han puesto á mi hijo!
MORENO. ¡Parece el mono de un ortopédico!
(Todos se acercan.)
LISARDO. ¡No tocarme, no tocarme que me desarmo! (Va hacia un sillón. Se sienta de costado y casi fuera del asiento. Mirando tierno á Doña Feliciana.) ¡Ah... Doña Feliciana!
LORENZO. ¿Cómo se ha puesto usted así?
LISARDO. No puedo de otro modo, D. Lorenzo. (Prueba á moverse.) ¡Ay, ay!
VIUDA. Pero ¿qué te ha pasado?
LISARDO. Nada, aún no me ha pasado nada... ¡Ay, ay!
FELICIANA. Sólo esto nos faltaba...
(Piedad, Candidita, Feliciana, Viuda y D. Lorenzo rodean á Lisardo. D Pío, África, Ester, Moreno y Rubio forman un grupo á distancia.)
PÍO. Ustedes verán qué determinación tomamos...
ÁFRICA. Es necesario marcharnos en seguida...
ESTER. Esta gente nos ha calumniado, nos ha insultado...
RUBIO. Vamos, calma, calma...
PÍO. Por supuesto... que ustedes me explicarán...
MORENO. Está claro... Sus hijas de usted y nosotros... somos novios...
PÍO. Algo maliciaba yo de eso...
ÁFRICA. ¡Papá! (Ruborosas.)
ESTER. ¡Papá! (Ruborosas.)
PÍO. No, si no me molesta... ¡ya conocen ustedes mis ideas!

MORENO. Pues bien, estábamos aquí bailando... honestamente...

ÁFRICA.
ESTER. } ¡Ay sí, papá!

MORENO. Pues ese D. Alfonso llegó, y nosotros le dimos una bromita...

PÍO. Eso no es motivo para...

RUBIO. ¡Qué va á ser!

PÍO. Debemos irnos inmediatamente...

ÁFRICA. Antes es necesario vengarnos...

ESTER. Decirles cuatro frescas...

RUBIO. ¡Que me devuelvan mi automóvil!

MORENO. Déjenme ustedes á mí la palabra... (Va al centro de la escena.) ¡Señores!...

FELICIANA. ¿Aún están ustedes aquí?

MORENO. El tiempo necesario para decir á usted que las palabras pronunciadas en contra nuestra son indignas de personas de mundo, y que con ellas despreciamos á ustedes... y nos vamos á Madrid.

ÁFRICA.
ESTER.
PÍO. } ¡Lo dicho!

RUBIO. Y usted, joven accidentado. (A Lisardo.) ¡Como por su estado me figuro el del automóvil, le advierto que si dentro de quince días no me le devuelve en buen uso, le llevaré á los Tribunales!...

VIUDA. ¡Eso es un atropello! ¡Una villanía!

PÍO. Vámonos, vámonos...

ÁFRICA. Y conste que son ustedes unos cursis...

CANDIDITA. Y ustedes unos sinvergüenzas...

ESTER. Y usted una niña inaguantable...

FELICIANA. ¡¡Señoritas!!

PÍO. Yo no digo nada... ¡Ya conocen ustedes mis ideas! ¡Buenos días! (Mutis.)

ÁFRICA. Queden ustedes con Dios. (Idem.)

ESTER. ¡So Arnetes! (Idem.)

MORENO. ¡So cursis! (Idem.)

RUBIO. ¡So ridículos! (Idem.)

(Feliciana corre furiosa tras ellos. D. Lorenzo la sujeta.)

LORENZO. ¡So... sosiégate, Feliciana!

ESCENA XIII

DON LORENZO, FELICIANA, PIEDAD, VIUDA, LISARDO y CANDIDITA.

FELICIANA. (Indignada con su marido.) ¡Pero ven ustedes qué hombre tenemos en casa!

LORENZO. ¡Feliciana, cuidado con los adjetivos!

CANDIDITA. (Llorando.) ¡Ay, mamá, mamá!

FELICIANA. ¡Hija! (La abraza.) ¡Esta es la obra de tu padre!

LORENZO. ¡Feliciana, no aumentes mis desgracias!

PIEDAD. Cálmense ustedes, que ya pasó todo.

VIUDA. Sí, cálmense; y otra vez tengan más cuidado con la gente que admiten en su casa.

FELICIANA. (Lloriqueando.) Si es... este... hombre... este hombre... con su afán de traer á casa amigotes y dar fiestas... No ha querido convencerse que esto no conduce á nada bueno...

LORENZO. (Enternecido.) ¡Vamos, Feliciana! No me abrumes. Bien sabes que todo lo he hecho por lo mucho que os quiero... Bastante he pagado mi falta... (Se abrazan.)

PIEDAD. Eso es, que haya paz.

VIUDA. Y ahora á socorrer á mi hijo, que bien lo necesita...

LISARDO. (Tierno.) ¡Ay Feliciana!

TODOS. Vamos, vamos...

VIUDA. Hay que llamar á un médico.

LORENZO. Yo iré... vuelvo á escape... (Mutis.)

FELICIANA. Yo voy á hacer tila y hervir agua; usted puede quitarle las vendas...

VIUDA. ¡Ay, yo no, me desmayaría!

FELICIANA. Pues entonces vaya usted á la cocina...

CANDIDITA. Yo voy con usted. Tampoco puedo ver esas cosas... (Mutis.)

ESCENA XIV

LISARDO, PIEDAD Y FELICIANA.

PIEDAD. ¡Qué cobardes! (Empiezan ella y Feliciana á quitar el cabestrillo á Lisardo.)

FELICIANA. Hasta que llegó su telegrama, nos ha tenido usted inquietísimos.

LISARDO. (Vehemente) ¿Usted, señora? ¿Usted inquietarse por mí? ¡Oh! ¡Ah! ¡Uh! (Una vez se admira, otra vez suspira y otra vez se queja.)

PIEDAD. ¡Vamos, vamos!

FELICIANA. ¡Pobre Lisardo! Esto no se puede quitar... voy por unas tijeras...

PIEDAD. Yo iré, no se moleste...

FELICIANA. En el cuarto de Candidita encontrará usted unas.

(Mutis Piedad.)

ESCENA XV

LISARDO Y FELICIANA. Luego D. LORENZO.

(Pausa. Feliciana arregla una venda á Lisardo, éste la coge una mano y se la besa.)

FELICIANA. (Sorprendida.) ¡Lisardo!

LISARDO. ¡Ah, sí, señora! Llámeme usted así aunque sea para insultarme... yo estoy loco... loco... loco. . (Quiere abrazarla. Feliciana le da una bofetada.) Sí, loco por usted. Adoro á la mujer fuerte... ¡Ah! Es usted más fuerte de lo que parece.

FELICIANA. ¡Demonio con el mocoso! ¡Cállese usted!

LISARDO. No puedo callar. Es necesario que confiese á usted mi falta... (Se arrodilla ante ella.)

FELICIANA. Pero ¿qué hace usted?

LISARDO. Todo esto que me ha pasado es justo castigo de la Providencia... Cuando tomé el automóvil me guiaban malos pensamientos...

FELICIANA. ¡Ya se conoce!

LISARDO. ¿Sabe usted cuáles?.. ¡Raptarla á usted!

LORENZO. (En la ventana.) ¡Caracoles!

FELICIANA. (Muerta de risa.) ¿Qué dice usted, hombre?

LISARDO. Arrebatarla de los brazos de un hombre indigno como D. Lorenzo... que no merece tal joya...

FELICIANA. ¡Gracias!

LISARDO. Sí, señora... No las merece... ni á usted ni á su hija... ¡Un hombre que consiente que le insulten en su casa unos cualquiera... usted lo ha visto... no tiene prestigio moral ni dignidad!...

LORENZO. (Aparte.) ¡Ahora verás si lo tengo! (Se va hecho una furia.)

FELICIANA. ¡Por Dios, Lisardo, cállese usted!

LISARDO. ¡Un hombre que está haciendo de usted y Candidita... dos seres desgraciados!...

FELICIANA. ¡Oh!

LISARDO. ¡Ah! ¡Uf! (Suspira y se queja.) ¡Eso yo no lo puedo consentir!...

LOREZNO. (En la puerta.) ¡Ni yo tampoco!

FELICIANA. ¡¡Lorenzo!!

LISARDO. ¡¡El marido!!

LORENZO. (Con actitud ridículamente trágica.) ¡Lo sé todo!.. ¡Señor D. Lisardo... no creí que fuera tan miserable un Pegote!..

LISARDO. ¡Caballero!

LORENZO. Y tú, Feliciana...

FELICIANA. Lorenzo... cuidado con los adjetivos.

LORENZO. Basta... Nosotros ya hablaremos. (A Lisardo.) Usted, señor mío... dé gracias que no quiero cansarme en buscar sitio en su cuerpo donde sentar mi pie... que si no, saldría usted de esta casa de modo bien distinto... es decir, bien parecido á como va usted á salir.

FELICIANA. ¡Lorenzo! } (Los dos á una.)
LISARDO. ¡Caballero! }

LORENZO. He dicho que lo sé todo... es inútil que me vengan ustedes con paños calientes... (Aparecen la Viuda y Candidita, con trapos blancos y un cacharro con agua.)

ESCENA XVI

DICHOS, VIUDA y CANDIDITA. Luego PIEDAD.

LORENZO. Ni un minuto más quiero verlos en mi casa.

VIUDA. ¡D. Lorenzo! ¿Qué significa esto?

LORENZO. Esto, señora, significa... que soy un... marido desgraciado.

LISARDO. Estoy á la disposición de usted.

LORENZO. ¿Cree usted que hago yo colección de catástrofes? ¡Fuera, fuera de mi casa! Una gente que hace este uso de la hospitalidad... no merece consideraciones.

VIUDA. ¡Lisardo, hijo; explica qué ha pasado aquí!

LORENZO. He dicho que sobran las explicaciones. Todo vínculo de amistad entre nosotros... queda cortado... (A Lisardo recalcando las palabras.) Ya ve usted que aún tengo dignidad y no consiento que me insulten en mi casa una gente cualquiera... ¡Servidor de ustedes! (Pasea furioso. Pausa. Los Pegotes están alelados.) ¿Pero es que no van ustedes á marcharse?

LISARDO. Mamá, vámonos.

VIUDA. Sí, vámonos. Creo que estos señores se han vuelto locos.

PIEDAD. ¡Jesús, qué modos!

VIUDA. ¡Esto es un atropello! ¡Nos echan!

(Don Lorenzo señala la salida en actitud de letrero de teatro.)

LISARDO. ¡Así parece!

VIUDA. ¡Hijo!

PIEDAD. ¡A unos Pegotes como nosotros!

VIUDA. ¡Hija!

LISARDO. ¡Piedad!

(Mutis. Feliciana y Candidita lloran abrazadas.)

ESCENA XVII

DON LORENZO, FELICIANA y CANDIDITA. Luego CRIADO.

LORENZO. (Decidido á su mujer y á su hija.) ¡Ahora veremos si arreglo yo mi familia!

FELICIANA. ¡Lorenzo, cómo has podido pensar!...

LORENZO ¡Silencio, señora! Tenga usted pudor delante de su hija... ¿Y era usted la que recriminaba mi afición á los amigos? ¡Es usted una redomada hipócrita, señora doña Feliciana!

FELICIANA. ¡Lorenzo, cuidado con los adjetivos!

CANDIDITA. ¡Papá, por Dios!

LORENZO. ¿Qué adjetivos ni qué camelurcios?... ¡Ahora soy yo el que maneja á su gusto la Gramática! ¿Era usted la que me daba aquellos consejos dignos de Catón? (A Candidita.) ¡Pues sabe, hija mía, que esa señora es una Cartilla despreciable!

FELICIANA. ¡Lorenzo, mira lo que dices! No hables más sin oirme.

LORENZO. Es inútil que me explique usted lo que han visto mis ojos.

FELICIANA. Pues han visto mal.

LORENZO. Eso son palabras que no prueban nada.

FELICIANA. ¡Pruebas! ¿Quieres pruebas? (Oliéndose la mano con que dió la bofetada á Lisardo.) ¡¡Pues bien... huele!! (Se la acerca Lorenzo á las narices.)

LORENZO. ¡Uf! (Hace gestos.) ¡Aparta! ¡Hueles ya á infierno!

FELICIANA. ¡A yodoformo!

LORENZO. ¿Y qué?

FELICIANA. Que Lisardo llevaba el yodoformo en un carrillo...

LORENZO. ¡¡¡Ah!!! ¡¡Qué rayo de luz!!

FELICIANA. Y yo se lo quité... de una bofetada...

LORENZO. ¡A ver, á ver! (Huele con fruición.) ¡Cierto... sí... yodoformo!... ¡¡Ah, Feliciana!!... ¡Este olor me da la vida!... (Lloran, ríen y se abrazan enternecidos. Cuadro familiar. Pausa.)

CRIADO. Señor, ahí está un caballero que quiere ver la casa...

TODOS. ¡Horror!
FELICIANA. ¡Que no queremos ver á nadie!
LORENZO. Basta de gente extraña.
CRIADO. Es que dice que han de comer y dormir aquí sus señores hoy mismo.
FELICIANA. ¡Imposible!
LORENZO. ¡Más huéspedes no!
CANDIDITA. ¡Por Dios, bastan ya!
CRIADO. Es que dice que esta casa es suya. (Sensación.)
LORENZO. ¿Eh?
FELICIANA. ¿Cómo?
CANDIDITA. ¡Estará loco!
LORENZO. Espera, dile que pase. (Mutis criado.) Tal vez sea Mateo Rivas.
CANDIDITA. ¿Qué querrá?
LORENZO. Ahora veremos...
FELICIANA. No se me ocurre como...

ESCENA XVIII

DICHOS y ADMINISTRADOR

ADM. ¿Se puede?
LORENZO. ¡Adelante!
(Se saludan todos con inclinaciones, visiblemente extrañados.)
FELICIANA. Usted dirá.
ADM. Señores... (Azorado) Sin duda yo vengo equivocado...
LORENZO. ¿A quién buscaba usted?
ADM. Buscar, no buscaba á nadie.
LORENZO. ¡Hombre!
ADM. Me explicaré... ¿Es esta la calle de Peguerinos?
LORENZO. La misma.
ADM. ¿Es esta la casa número 7?
CANDIDITA. La misma...
FELICIANA. Propiedad de D. Mateo Rivas...
ADM. ¡Justo! Pues yo venía a tomar posesión de esta casa.
LORENZO. ¿No es más que eso? (Á Feliciana y Candidita. Con misterio.) Está chiflado. (Á Administrador.

Poniéndose muy fino.) Usted perdone, ha sido un olvido el no ofrecérsela. ¡Ha tomado usted posesión de su casa!

ADM. Muchas gracias, pero no es eso.

LORENZO. Usted dirá.

FELICIANA. Explíquese.

ADM. A eso voy. Mis señores, los Marqueses de la Salud, han alquilado esta casa por todo el verano y deben llegar dentro de una hora.

LORENZO. ¡Qué modo de viajar más raro! (Aparte.) ¡Dentro de una hora!

FELICIANA. Este tío es un loco. (Aparte.)

ADM. Veo que dudan ustedes. Aquí está el contrato. (Saca un papel.)

TODOS. ¡A ver, á ver! (Leen ansiosos.)

CANDIDITA. ¡Qué atrocidad!

FELICIANA. ¡Esto no puede ser!

LORENZO. ¡Está en regla! Y la letra es de Mateo Rivas, estoy seguro. (Lée.) «Á los señores Marqueses de la Salud... por todo el verano»...

FELICIANA. Pero explícale á este señor...

LORENZO. Espera, mujer. (Á Administrador.) Advierto á usted que nosotros hemos alquilado á nuestro amigo D. Mateo Rivas esta casa para todo el verano.

ADM. ¡Es extraño! ¿Tendrán ustedes su contrato?

TODOS. ¿Contrato?

LORENZO. No, señor. Fiamos en su formalidad y en la amistad que nos une.

ADM. Aseguran que D. Mateo Rivas es un señor muy informal y calavera... y acaso...

FELICIANA. ¿Cómo pensar que llegase á tanto?

ADM. Yo lo siento, señores, pero no veo el arreglo.

LORENZO. Yo sí. Dirá usted á sus señores, los Marqueses de la Salud, lo que pasa, y que vayan á la fonda hasta que se arregle todo.

ADM. Imposible, señores... en ninguna fonda nos admitirían. Vienen dos niños con tos

ferina, la criada con viruelas y el señor Marqués convaleciente del tifus...

TODOS. ¡Qué atrocidad!

ADM. Es necesario que dejen ustedes libre esta casa.

CANDIDITA. ¡Desde luego!

LORENZO. ¡Cualquiera aguarda semejante familia!

CANDIDITA. ¡Qué contrariedad!

FELICIANA. No hay más remedio. (A Lorenzo.) ¡Lo ves, lo ves! Esos son tus amigos, no traen más que disgustos.

LORENZO. ¡Feliciana, no me abrumes!

FELICIANA. Todo por no oir nuestros consejos.

LORENZO. ¡Felicianaaa!...

FELICIANA. ¡Lorenzooo!...

CANDIDITA. ¡Papá, mamá, cuidado con los adjetivos!

LORENZO. Hagamos las maletas.

CANDIDITA. ¡Venanciooo! (Mutis.)

FELICIANA. ¿Supongo que en Madrid pedirás explicaciones á todos esos amigotes? (Mutis.)

LORENZO. ¿Explicaciones? Ni eso. Gracias que estemos libres de todos ellos. ¡Las maletas, las maletas á escape!

(Entra Candidita con ropa.)

ADM. Yo puedo ayudarles...

CANDIDITA. / LORENZO. ¡No por Dios!

CANDIDITA. No toque usted nada.

LORENZO. ¡Sólo nos falta contagiarnos!

(Entra Feliciana con dos maletas, Venancio con un baúl á rastra.)

LORENZO. ¡De prisa!

FELICIANA. ¡A escape!

(Meten ropa en los baúles y maletas, de cualquier manera. Entran y salen como locos con ropas y sombreros. Mucha animación y las frases de tales momentos.)

LORENZO. (Se sienta en un baúl.) ¡Uf, qué día de San Lorenzo!

FELICIANA. Menos mal si te ha curado de tu manía.

LORENZO. Eso sí: ya no me trato ni con mi sombra.

CANDIDITA. ¡En Madrid, vida nueva!

LEÓN. (Entra llorando.) ¡Papá, papá! ¿Donde está mi papá?

TODOS. ¡¡Cielos!!
LORENZO. ¡Aún queda este!
ADM. ¡Pobrecito!
TODOS. ¿Qué hacemos?
LORENZO. ¡Llevárnosle á Madrid!
FELICIANA. / CANDIDITA. ¡¡No!! (Con terror.)
LORENZO. ¡Pues enviarle certificado!
(Cuadro patético.)

TELÓN

Fin de la comedia.

Precio: DOS pesetas.